

EL MENSAJE

LA BIBLIA EN LENGUAJE CONTEMPORÁNEO

Eugene H. Peterson



Para vivir la Palabra

MANTENGAN LOS OJOS ABIERTOS,
AFÉRRENSE A SUS CONVICCIONES,
ENTRÉGUENSE POR COMPLETO,
PERMANEZCAN FIRMES,
Y AMEN TODO EL TIEMPO.
—1 Corintios 16:13-14 (Biblia El Mensaje)



El Mensaje por Eugene H. Peterson
Publicado por Casa Creación
Miami, Florida
www.casacreacion.com
©2025 Derechos reservados

ISBN: 978-1-966427-03-2 Tapa dura flores rosa
ISBN: 978-1-966427-04-9 Tapa dura flores verdes
ISBN: 978-1-966427-05-6 Tapa dura gris tela
ISBN: 978-1-960436-70-2 Tapa dura mar
ISBN: 978-1-966427-22-3 PU Naranja
ISBN: 978-1-966427-23-0 PU Gris
E-Book ISBN: 978-1-960436-72-6

Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*
Adaptación de diseño interior y portada: *Grupo Nivel Uno, Inc.*
Edición general en español: *Dr. Samuel Pagán*

Publicado originalmente en inglés bajo el título:
The Message, por *Eugene H. Peterson*
Copyright © 1993, 2002, 2018 por *Eugene H. Peterson*
Licenciado con el permiso de *NavPress*.
Representado por *Tyndale House Publishers*. Carol Stream, Illinois 60188 USA.
Edición en español © 2024 por *Editora Vida Ltda.*, Sao Paulo, Brazil.
Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Se requiere permiso escrito de los editores para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

Impreso en China

25 26 27 28 29 30 RDD 9 8 7 6 5 4 3 2 1

PREFACIO

Si hay algo que distingue a *El Mensaje* quizás sea que el texto es tratado por la mano de un pastor en funciones. Durante la mayor parte de mi vida adulta, he tenido la responsabilidad principal de presentar el mensaje de la Biblia a los hombres y mujeres con quienes trabajé. Lo hice desde el púlpito y el atril, en estudios bíblicos hogareños y en retiros en lo profundo de una montaña, a través de conversaciones en hospitales y ancianatos, tomando café con alguien y mientras paseaba por una playa. *El Mensaje* creció en el suelo de cuarenta años de trabajo pastoral.

Mientras trabajaba en esa tarea, esta Palabra de Dios, que forma y transforma vidas humanas, hizo justamente eso. Plantadas en el suelo de mi congregación y mi comunidad, las palabras de la Biblia —cual semillas— germinaron, crecieron y maduraron.

Cuando llegó el momento de hacer el trabajo que ahora es *El Mensaje*, a menudo sentía que estaba caminando por un huerto en época de cosecha, recogiendo manzanas, duraznos y ciruelas completamente formados en las ramas cargadas. No hay una página en la Biblia que no haya visto vivida de una manera u otra por los hombres y mujeres, santos y pecadores, de quienes fui pastor, y luego verificada en mi nación y mi cultura.

No comencé como pastor. Inicié mi vida vocacional como maestro y durante varios años enseñé idiomas bíblicos —hebreo y griego— en un seminario teológico. Esperaba vivir el resto de mi vida como profesor y erudito, enseñando, escribiendo y estudiando. Pero entonces mi vida dio un giro repentino hacia el pastoreo en una congregación.

Ahora estaba sumergido en un mundo bastante diferente. La primera diferencia notable fue que a nadie parecía importarles mucho la Biblia, que hacía tan poco me pagaban por enseñarla. Muchas de las personas con las que trabajaba ahora prácticamente no sabían nada sobre ella, nunca la habían leído y no estaban interesadas en aprender de ella. Muchos otros habían pasado años leyéndola, pero para ellos se había vuelto trivial por la familiaridad, reducida a clichés. Aburridos, la dejaron. Y no había muchas personas en el medio. Muy pocos estaban interesados en lo que consideraba mi trabajo principal, introducir las palabras de la Biblia en sus cabezas y sus corazones, vivir el mensaje. Les agradaban más los periódicos y las revistas, los videos y la ficción popular.

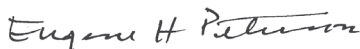
Entre tanto, asumí como mi trabajo vital la responsabilidad de hacer que esas mismas personas escucharan, realmente escucharan, el mensaje de este libro. Sabía que tenía un trabajo arduo por delante.

Viví en dos mundos lingüísticos, el de la Biblia y el del mundo de hoy. Siempre había supuesto que eran el mismo. Pero esas personas no lo veían de esa manera. Así que, por necesidad, me convertí en un «traductor» (aunque no lo habría llamado así en ese entonces), parado diariamente en la frontera entre dos mundos, llevando el lenguaje de la Biblia que Dios usa para crear y salvarnos, sanar y bendecirnos, juzgar y gobernarlos, al lenguaje de hoy, que usamos para chismear y contar historias, dar instrucciones y hacer negocios, entonar canciones y hablar con nuestros hijos.

Y todo el tiempo esos antiguos idiomas bíblicos, esos poderosos y vívidos lenguajes originales en hebreo y griego, seguían labrando su camino bajo tierra en mi discurso, dando energía y nitidez a las palabras y frases, expandiendo la imaginación de las personas con las que trabajaba para escuchar el lenguaje de la Biblia en el idioma actual y el lenguaje de hoy en el idioma de la Biblia.

Hice eso durante treinta años en una congregación. Hasta que, un día (el 30 de abril de 1990), recibí una carta de un editor pidiéndome que trabajara en una nueva versión de la Biblia basada en lo que había estado impartiendo como pastor. Acepté. Los siguientes diez años fueron tiempo de cosecha. *El Mensaje* es el resultado de esa ardua tarea.

El Mensaje es una Biblia para leer. No tiene la intención de reemplazar las excelentes biblias de estudio que existen. Mi intención (como lo fue antes en mi congregación y mi comunidad) es simplemente hacer que las personas la lean, incluso los que perdieron interés en la Biblia, para que la lean de nuevo. Eliminé muchos números de versículos para promover una lectura fluida (ninguna Biblia fue dividida por versículos durante los primeros 1500 años). Sin embargo, la lectura de esta Biblia le ayudará a entenderla mucho más. Entre tanto, lea para vivir y ore así: «Dios, que sea conmigo tal como dices».



Eugene H. Peterson
Editor general

PRÓLOGO A LA VERSIÓN EN ESPAÑOL

La *Biblia El Mensaje* es fruto del esfuerzo espiritual, teológico, pedagógico e intelectual de un pastor que deseaba traducir el mensaje de las Sagradas Escrituras a un lenguaje popular y comprensible para su congregación y la sociedad de hoy. El objetivo fundamental del pastor Eugene Peterson fue presentar la Palabra de Dios inspirada, en el Antiguo y el Nuevo Testamento, en un idioma que los miembros de su congregación pudieran entender y apreciar. Ese loable y desafiante proyecto requirió de mucho estudio, audacia, perseverancia así como también de muchos años, durante los cuales el doctor Peterson iba traduciendo los textos bíblicos y presentándolos a su congregación para su análisis y discusión. Finalmente, esa visión pastoral se concretó en la publicación de la *Biblia El Mensaje*.

Esta versión ha sido identificada como una «paráfrasis», puesto que el objetivo original del doctor Peterson se alcanzó con éxito. En ese proceso, el escritor no se limitó a las fraseologías de las traducciones bíblicas formales, que presentan el mensaje escritural palabra por palabra o idea por idea, ya que su propósito básico era pastoral: deseaba que el sentido primario y fundamental del mensaje bíblico llegara de manera clara a su congregación.

De modo que, esa novedosa proyección de la Biblia, que ha sido de gran bendición para los creyentes y las congregaciones de habla anglosajona, llega al castellano con la misma finalidad pastoral y educativa: brindar el mensaje transformador de las Sagradas Escrituras al mundo hispanohablante. Casa Creación, en un esfuerzo desafiante y encomiable, ha sido el instrumento que Dios ha utilizado para hacer realidad este proyecto bíblico en un español rico, claro, hermoso y comprensible.

La traducción de esta Biblia al castellano fue realizada por un equipo de traductores profesionales, supervisados por expertos biblistas que revisaban de manera constante, cautelosa y sistemática, que el mensaje del texto en inglés se vertiera de manera eficaz al español. Este singular grupo de profesionales comparó cada versículo, capítulo y texto, en general, de cada libro bíblico con los manuscritos hebreos, arameos y griegos para asegurar que el texto en castellano transmitiera fielmente el sentido de los pasajes escriturales inspirados originalmente.

En la traducción de la *Biblia El Mensaje* al español, hemos respetado esa decisión pastoral y metodológica del doctor Peterson. Por lo que se preparó una traducción fiel al texto no solo en inglés, sino también al hebreo, al arameo y al griego. El idioma utilizado es un español popular, comprensible tanto para creyentes como para personas que no están inmersas en el ambiente eclesiástico. Las decisiones exegéticas de la Biblia en inglés se han mantenido en esta edición, ya que deseamos que las comunidades de fe de habla hispana puedan recibir, entender, disfrutar y compartir el mensaje de la Palabra de Dios. El nivel de lenguaje empleado puede ser entendido por estudiantes de escuela intermedia, personas que tienen el español como segunda lengua, individuos con desafíos de lectura, y por hombres y mujeres que están en procesos de aprendizaje del idioma.

Damos muchas gracias a Dios por Casa Creación, que aceptó el desafío de traducir la Biblia *The Message*, permitiendo que el mensaje de Dios continúe llegando a las sociedades hispanohablantes de todo el mundo. A Casa Creación y a sus ejecutivos, les decimos gracias, muchas gracias, de todo corazón y de muchas maneras.

Dr. Samuel Pagán

INTRODUCCIÓN

Leer es algo prioritario para todos los seres humanos, sin embargo, leer la Biblia —más que eso— es trascendente. A medida que la leemos, entramos en un nuevo mundo de figuras y recursos literarios con lo que nos ubicamos en una conversación en la que Dios tiene la primera y la última palabra. Pronto nos damos cuenta de que estamos incluidos en la conversación. No esperábamos eso. Pero eso es precisamente lo que los lectores de la Biblia —generación tras generación— descubren: la Biblia no solo es escrita sobre nosotros, sino que fue escrita para nosotros. En estas páginas nos convertimos en participantes de un diálogo en el que Dios usa palabras para formarnos y bendecirnos, para enseñarnos y guiarnos, para perdonarnos y salvarnos.

No solemos hacer esto. Estamos acostumbrados a leer libros que explican cosas, que nos dicen qué hacer, que nos inspiran o entretienen. Pero esto es diferente. Este es un mundo de revelación: Dios revelándose a personas como nosotros —hombres y mujeres creados a imagen de él—, informándonos cómo trabaja y qué está ocurriendo en este mundo en el que nos encontramos. Al mismo tiempo que nos revela todo eso, nos atrae —invitándonos y ordenándonos— a participar activamente en su obra. Poco a poco (o de repente) nos damos cuenta de que participamos en la acción más sigilosa de nuestro tiempo, ya que Dios establece su gran reino de amor y justicia en esta tierra (como en el cielo). «Revelación» significa que estamos leyendo algo que no podríamos haber adivinado o descubierto por nuestra propia cuenta. La revelación es lo que hace especial y única a la Biblia.

De modo que, el simple hecho de leer esta Biblia El Mensaje y asimilar lo que leemos, es prioritario para cada creyente en Cristo. Habrá tiempo suficiente para estudiar más adelante. Pero primero, es importante simplemente leerla, de forma serena y reflexiva. Necesitamos familiarizarnos con el modo en que estas historias y canciones, estas oraciones y conversaciones, estos sermones y visiones, nos invitan a ese enorme y gran mundo en el que el Dios invisible subyace y se involucra en todo lo visible iluminando lo que significa vivir; realmente vivir de verdad, con propósito y apreciando cada instante de la vida. A medida que leemos, y cuanto más lo hacemos, empezamos a «entenderlo»: estamos conversando con Dios. Nos encontramos escuchando y respondiendo asuntos muy pertinentes a nosotros: qué somos, de dónde venimos, a dónde vamos, qué nos impulsa, la complejidad del mundo y las comunidades en las que vivimos, y —sobre todo— el extraordinario amor de Dios por nosotros, haciendo por nosotros lo que no podemos hacer por nosotros mismos.

A través de la lectura de la Biblia, notamos que hay mucho más en el mundo, en nosotros, en lo que vemos y más aun en lo que no se ve —¡más en todo!— de lo que nos imaginamos, y que este «más» tiene que ver con Dios.

Esto es nuevo para muchos de nosotros, se trata de un tipo diferente de libro, uno que nos lee incluso mientras lo leemos. Estamos acostumbrados a leer libros para obtener algo de ellos: información que podemos usar, inspiración para energizarnos, instrucciones sobre cómo hacer algo, entretenimiento para pasar el día, sabiduría que nos guiará para vivir mejor. Estas cosas pueden y suelen ocurrir al leer la Biblia, pero esta se nos da —en primer lugar simplemente— para invitarnos a hacer de este mundo de Dios, la palabra y el mundo de Dios, nuestro hogar, y familiarizarnos con el modo en que él habla y las formas en que nosotros le respondemos con nuestras vidas.

Nuestra lectura nos depara algunas sorpresas. La mayor de ellas para muchos es lo accesible que resulta este libro para aquellos que simplemente lo abren y lo leen. Cualquier persona, prácticamente, puede leer esta Biblia y comprenderla. La razón por la que se efectúan nuevas traducciones, cada ciertas generaciones, es para mantener su lenguaje actualizado con el habla común que usamos hoy, de modo que la forma en que la entendemos ahora no se diferencie de cómo la comprendían en la época en la que fue escrita por primera vez. No tenemos que ser inteligentes ni tener una buena educación para entenderla, ya que está escrita en las palabras y frases que escuchamos en cualquier lugar, sea el mercado, en los patios de recreo de la escuela o alrededor de la mesa del comedor. Debido a que la Biblia es tan famosa y venerada, muchos suponen que necesitamos expertos para explicarla e interpretarla por nosotros y, por supuesto, hay algunas cosas que deben explicarse. Pero los primeros hombres y mujeres que escucharon estas palabras ahora escritas en nuestras biblias eran individuos comunes, de clase trabajadora, de todos los días. Uno de los más grandes traductores tempranos de la Biblia al inglés, William Tyndale, dijo que estaba traduciendo para que «el muchacho que maneja el arado» pudiera leer las Escrituras.

Un africano muy educado, que más tarde se convirtió en uno de los maestros de la Biblia más influyentes de la historia (Agustín), se sintió profundamente ofendido cuando leyó la Biblia por primera vez. En vez de encontrar un libro cultivado y pulido en el estilo literario que tanto admiraba, lo halló lleno de historias sencillas y terrenales de personas comunes e irrelevantes. La leyó en una traducción al latín llena de jerga corriente. Al ver lo que consideraba la «falta de espiritualidad» de muchos de sus personajes y la actitud de Jesús, la abandonó con desprecio. Pasaron años antes de que se diera cuenta de que Dios no se había adaptado a ningún intelectual sofisticado para hablarnos y enseñarnos sobre la cultura celestial ni para que pudiéramos apreciar las cosas más íntimas de él. Cuando vio que Dios entró en nuestras vidas como un siervo judío para salvarnos de nuestros pecados, comenzó a leer el Libro con gratitud y fe.

Algunos también se sorprenden al descubrir que la lectura de la Biblia no nos introduce en un mundo «más agradable». Este mundo bíblico no es decididamente ideal, del tipo que vemos anunciado en las redes sociales y en los medios de comunicación masivos. El sufrimiento, la injusticia y la fealdad todavía existen en el mundo en el que Dios trabaja, al que ama y salva. No esconde nada. Dios trabaja paciente y profundamente pero —a menudo— de manera oculta, en las circunstancias caóticas y confusas de nuestras vidas y a lo largo de la historia humana. El nuestro no es un mundo limpio y ordenado en el que se nos asegure que podemos controlar todo. Requiere tiempo para adaptarse, además de que hay misterio en todas partes.

La Biblia no nos ofrece un mundo predecible, en el que sepamos cuáles son las causas y los efectos; de manera que podamos planificar nuestras carreras y asegurar nuestro futuro. No es un orbe soñado en el que todo sale según nuestras expectativas juveniles; hay dolor, pobreza y abuso, ante lo que llamamos indignados: «¡No puedes permitir que esto suceda!». Para la mayoría de nosotros, lleva demasiado tiempo cambiar nuestro mundo ideal por ese mundo verdadero —en el que ha de imperar la gracia, la misericordia, el sacrificio, el amor, la libertad y la alegría— el mundo salvado por Dios.

Otra sorpresa con la que nos encontramos es que la Biblia no nos halaga. No trata de vendernos nada que prometa hacernos la vida más fácil. No ofrece secretos para lo que a menudo consideramos como prosperidad, placer o aventura. La realidad

que se manifiesta, a medida que leemos la Biblia, tiene que ver con lo que Dios está haciendo con ese amor salvador que nos incluye a nosotros y todo lo que hacemos. Esto difiere bastante de lo que nuestras mentes, empujadas por el pecado y atiborradas de cultura, imaginaban.

Sin embargo, nuestra lectura de la Biblia no nos da acceso a una variedad de ídolos —de entre los que podamos elegir el que deseemos para satisfacer nuestras fantasías— y comprarlos fácilmente. Al contrario, la Biblia empieza con Dios expresando palabras creadoras que hacen surgir todo lo creado y que nos traen a nosotros a la existencia. Luego continúa con Dios entrando en relaciones personalizadas y complejas con sus seres creados —nosotros—, ayudándonos y bendiciéndonos, enseñándonos y formándonos, corrigiéndonos y disciplinándonos, amándonos y salvándonos. Esto significa que la lectura de la Biblia y la relación con Dios no son una forma de evadir los problemas y desafíos del mundo real; al contrario, eso nos permite sumergirnos en una realidad más profunda, una vida sacrificial pero completamente mejor en todos los sentidos.

Dios no nos impone nada; la Palabra de Dios es un mensaje divino y directo que nos invita, manda, desafía, reprende, juzga, reconforta, dirige; pero no nos obliga. No nos intima. Se nos brinda espacio y libertad para responder, para entrar en la conversación; y, por encima de todo, la Biblia nos invita a participar en la obra y el lenguaje de Dios.

A medida que leemos, descubrimos que hay una conexión entre la Palabra leída y la Palabra vivida. Todo en este libro es vivible. Muchos de nosotros encontramos que la pregunta más importante que nos hacemos al leer no es «¿Qué significa?» sino «¿Cómo puedo vivirlo?». De modo que leemos de manera personal, no impersonal. Leemos para vivir nuestras verdaderas identidades, no solo para obtener información que podamos usar a fin de mejorar nuestro nivel de vida. La lectura de la Biblia es un medio para escuchar y obedecer a Dios, no para recopilar datos religiosos con los que podamos ser nuestros propios dioses.

Va a escuchar historias en este Libro que harán que se enfoque en usted mismo, que desvíe su atención de sus propias preocupaciones y que le llevarán a una perspectiva más amplia, con la que podrá ver y entender el plan de Dios para la salvación del mundo. Este enfoque más amplio le dará una sensación de libertad y propósito. Descubrirá palabras y frases que le harán consciente de la belleza y la esperanza que existen en el mundo y en la vida, incluso en medio de las dificultades, lo cual le conectará con su vida real.

Así que asegúrese de responder.

La luz de la vida

1¹⁻² La Palabra fue en el principio,
la Palabra estaba presente en Dios,
Dios estaba presente en la Palabra.
La Palabra era Dios,
dispuesta con Dios desde el
principio.

³⁻⁵ Todo fue creado a través de él;
nada, ¡absolutamente nada!
llegó a existir sin él.
En él estaba la vida,
y la vida era la luz de la humanidad.
La luz de la vida resplandeció en la
oscuridad;
y la oscuridad no pudo apagarla.

⁶⁻⁸ Hubo una vez un hombre, llamado
Juan, enviado por Dios para señalar el
camino a la luz de la vida. Él vino a mos-
trarles a todos dónde mirar y en quién
creer. Juan no era la luz; su función fue
mostrar el camino a la luz.

⁹⁻¹³ La luz de la vida era real:
Cada persona que entra en la vida
es traída a la luz por él.
Él estaba en el mundo,
el mundo existe a través de él
y, sin embargo, el mundo ni siquiera
lo notó.

Vino a su propia gente,
pero ellos no lo quisieron.
Pero a quienes sí lo quisieron,
los que creyeron que era lo que
afirmaba ser
e hicieron lo que él decía,
él los convirtió en verdaderos
hijos de Dios.
Estos son los engendrados por Dios,
no engendrados por sangre,
ni por carne,
ni por relaciones sexuales.

¹⁴ La Palabra se hizo hombre,
y vino a vivir a nuestro mundo.

Vimos su gloria con nuestros propios
ojos,
la gloria inigualable
del Padre en el Hijo,
lleno de gracia por completo,
verdadero de principio a fin.

¹⁵ Juan lo señaló y gritó: «¡Este es! El que
les dije que venía detrás de mí pero, de
hecho, estaba delante de mí. Siempre ha
ido delante de mí, siempre ha tenido la
primera palabra».

¹⁶⁻¹⁸ Todos vivimos de su generosa
abundancia,
una dádiva tras otra, tras otra.
Obtuvimos los fundamentos de
Moisés,
y luego este abundante dar y recibir,
este conocimiento y comprensión
interminables,
todo esto vino a través de Jesús, el
Mesías.
Nadie ha visto jamás a Dios,
ni siquiera un destello.
Esta expresión de Dios inigualable,
que existe en el corazón mismo del
Padre,
lo ha hecho manifiesto como el día.

Un trueno en el desierto

¹⁹⁻²⁰ Cuando los judíos de Jerusalén envia-
ron un grupo de sacerdotes y oficiales
para preguntarle a Juan quién era, él fue
muy sincero. No evadió la pregunta, sino
que dijo la pura verdad:

—Yo no soy el Mesías.

²¹ Ellos lo presionaron:

—¿Quién eres, entonces? ¿Elías?

—No.

—¿El profeta?

—No.

²² Exasperados, dijeron:

—¿Quién, entonces? Tenemos que dar-
le una respuesta a los que nos enviaron.
Cuéntanos algo sobre ti, ¡cualquier cosa!

²³ —Soy un trueno en el desierto: «¡Enderecen el camino para Dios!». Estoy haciendo lo que predicó el profeta Isaías.

²⁴⁻²⁵ Los enviados a interrogarlo por parte de los fariseos tenían una pregunta propia:

—Si no eres el Mesías, ni Elías, ni el profeta, ¿por qué bautizas?

²⁶⁻²⁷ Juan respondió:

—Yo solo bautizo con agua, pero una persona que no conocen ha tomado su lugar en medio de ustedes. Él viene detrás de mí, pero no está en segundo lugar. Ni siquiera soy digno de sostener su manto por él.

²⁸ Estas conversaciones se suscitaron en Betania al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando en ese tiempo.

El que revela a Dios

²⁹⁻³¹ Al día siguiente, Juan vio a Jesús que venía hacia él y gritó: «¡Aquí está, el Cordero pascual de Dios! ¡El que perdona los pecados del mundo! Este es el hombre del que he estado hablando, “el que viene detrás de mí, pero que —en realidad— está delante de mí. No sabía nada acerca de quién era, solo esto: que mi tarea es preparar a Israel para que lo reconozca como el que revela a Dios. Por eso vine aquí a bautizar con agua, para darles un buen lavado y para limpiar los pecados de sus vidas, de modo que puedan empezar de nuevo con Dios».

³²⁻³⁴ Juan concluyó su testimonio con esto: «Vi al Espíritu descender volando desde el cielo como una paloma y permanecer en él. Repito, no sé nada de él, excepto esto: el que me autorizó a bautizar con agua me dijo: “Aquel sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer, ese bautizará con el Espíritu Santo”. Eso es exactamente lo que vi suceder y, les digo, no hay duda al respecto: *este* es el Hijo de Dios».

Ven a verlo tú mismo

³⁵⁻³⁶ Al día siguiente, Juan estaba de vuelta en su puesto con dos discípulos, que estaban observando. Alzó la vista, vio a Jesús que pasaba cerca y exclamó:

—¡Aquí está el Cordero pascual de Dios!

³⁷⁻³⁸ Los dos discípulos lo oyeron y fueron tras Jesús, que —al mirar hacia atrás— les preguntó:

—¿Qué quieren?

Ellos le respondieron:

—Rabí (que significa «Maestro»), ¿dónde te hospedas?

³⁹ Él contestó:

—Vengan y véanlo ustedes mismos.

Ellos fueron, vieron dónde se hospedaba y terminaron quedándose con él todo el día. Eso sucedió bien entrada la tarde.

⁴⁰⁻⁴² Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que escucharon el testimonio de Juan y siguieron a Jesús. Lo primero que hizo después de descubrir dónde vivía Jesús fue buscar a su hermano, Simón, y le dijo:

—Hemos encontrado al Mesías (es decir, «el Cristo»).

E inmediatamente lo llevó a Jesús.

Jesús lo miró y dijo:

—¿Tú eres Simón, el hijo de Juan? De ahora en adelante, tu nombre será Cefas (o Pedro, que significa «roca»).

⁴³⁻⁴⁴ Al día siguiente, Jesús decidió ir a Galilea. Cuando llegó allí, se encontró con Felipe y le dijo:

—Ven, sígueme.

(La ciudad natal de Felipe era Betsaida, la misma que la de Andrés y Pedro).

⁴⁵⁻⁴⁶ Felipe fue a buscar a Natanael y le dijo:

—Hemos encontrado a aquel de quien Moisés escribió en la ley, el que fue predicado por los profetas. ¡Es *Jesús*, el hijo de José, el de Nazaret!

Natanael dijo:

—¿De Nazaret? Tienes que estar bromeando.

Pero Felipe insistió:

—Ven a verlo tú mismo.

⁴⁷ Cuando Jesús lo vio venir, dijo:

—Este es un verdadero israelita, no hay nada falso en él.

⁴⁸ Natanael contestó:

—¿De dónde sacaste esa idea? No me conoces.

Jesús respondió:

—Un día, mucho antes de que Felipe te llamara aquí, te vi debajo de la higuera.

⁴⁹ Natanael exclamó:

—¡Rabí! ¡Tú eres el Hijo de Dios, el Rey de Israel!

⁵⁰⁻⁵¹ Jesús dijo:

—¿Me crees solo porque digo que te vi un día sentado debajo de la higuera? ¡Aún no has visto nada! Antes de que esto termine, verán el cielo abierto y los ángeles de Dios descender y ascender sobre el Hijo del hombre.

De agua a vino

2¹⁻³ Tres días después, hubo una boda en la aldea de Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Él y sus discípulos también habían sido invitados. Cuando comenzaron a quedarse sin vino en el banquete de bodas, la madre de Jesús le dijo:

—Están a punto de quedarse sin vino.

⁴ Jesús dijo:

—¿Es eso asunto nuestro, madre: tuyo o mío? No es mi momento. No me presiones.

⁵ Ella siguió adelante, de todos modos, y les dijo a los sirvientes:

—Lo que él les diga, háganlo.

⁶⁻⁷ Allí había seis tinajas de piedra, las que los judíos utilizaban para sus rituales de lavado. Cada una contenía unos cien litros (de veinte a treinta galones). Jesús les ordenó a los sirvientes:

—Llenen las tinajas con agua.

Y las llenaron hasta el borde.

⁸—Ahora llenen sus cántaros y llévenselos al anfitrión —dijo Jesús, y así lo hicieron.

⁹⁻¹⁰ Cuando el anfitrión probó el agua convertida en vino (él no sabía lo que acababa de pasar, pero los sirvientes, por supuesto, sí lo sabían), llamó al novio y le dijo:

—Todos los que conozco comienzan con sus mejores vinos y después de que los invitados se han saciado traen los más baratos. ¡Pero tú has guardado lo mejor hasta ahora!

¹¹ Este hecho en Caná de Galilea fue la primera señal que dio Jesús, el primer

indicio de su gloria. Y sus discípulos creyeron en él.

¹² Después de eso descendió a Capernaúm con su madre, sus hermanos y sus discípulos, y se quedó allí varios días.

Derriben este templo...

¹³⁻¹⁴ Cuando estaba a punto de celebrarse la fiesta de la Pascua, que los judíos festejaban cada primavera, Jesús viajó a Jerusalén. Se encontró con que el templo estaba lleno de gente que vendía ganado, ovejas y palomas. Los usureros también estaban allí.

¹⁵⁻¹⁷ Entonces Jesús armó un látigo con tiras de cuero y los echó fuera del templo, haciendo que las ovejas y el ganado huyeran en estampida, volcando las mesas de los usureros, derramando monedas a diestra y siniestra. A los comerciantes de palomas les dijo:

—¡Saquen sus cosas de aquí! ¡Dejen de convertir la casa de mi Padre en un centro comercial!

Fue entonces cuando sus discípulos recordaron la Escritura: «El celo por tu casa me consume».

¹⁸⁻¹⁹ Pero los judíos, molestos, preguntaron:

—¿Qué credenciales puedes presentar para justificar esto?

Jesús les respondió:

—Derriben este templo y en tres días lo volveré a levantar.

²⁰⁻²² Ellos estaban indignados:

—Se necesitaron cuarenta y seis años para construir este templo, ¿y tú lo vas a reconstruir en tres días?

Pero Jesús se refería a su cuerpo como templo. Luego, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron de que había dicho eso. Entonces ataron cabos y creyeron tanto lo que estaba escrito en la Escritura como lo que Jesús había dicho.

²³⁻²⁵ Durante el tiempo que estuvo en Jerusalén, aquellos días de la fiesta de la Pascua, muchas personas notaron las señales que hacía y, viendo que apuntaban directamente a Dios, le encomendaron sus vidas. No obstante, Jesús no les creía.

Los conocía por dentro y por fuera, sabía lo poco fiables que eran. No necesitaba ninguna ayuda para discernir lo que había en ellos.

Nacido de lo alto

3¹⁻² Una noche, un hombre de la secta farisea, Nicodemo, líder prominente entre los judíos, visitó a Jesús y le dijo:

—Rabí, todos sabemos que eres un maestro que viene directamente de Dios. Nadie podría hacer todas estas señales que haces y que nos enseñan más de Dios si Dios no estuviera en él.

³—Tienes toda la razón —le dijo Jesús—. Créeme: si una persona no nace de lo alto, no puede ver lo que estoy mostrando: el reino de Dios.

⁴—¿Cómo puede alguien nacer —dijo Nicodemo— si ya ha nacido y crecido? Uno no puede volver a entrar en el vientre de su madre y nacer de nuevo. ¿Qué estás queriendo decir con «nacer de lo alto»?

⁵⁻⁶ Jesús le respondió:

—No escuchaste bien. Déjame decirlo otra vez. A menos que una persona se someta a esta creación original —la creación en la que el «viento se cierne sobre el agua», lo invisible mueve lo visible, el bautismo transforma en una nueva vida— no puede entrar en el reino de Dios. Cuando miras a un bebé, es solo eso: un cuerpo que puedes ver y tocar. Sin embargo, la persona que se forma en su interior está constituida por algo que no se puede ver ni tocar, el espíritu, y se convierte en un espíritu vivo.

⁷⁻⁸ »Así que no te sorprendas que te haya dicho que tienes que “nacer de lo alto”, fuera de este mundo, por así decirlo. Tú sabes muy bien cómo sopla el viento de un lado a otro. Lo escuchas susurrar entre los árboles, pero no tienes idea de dónde viene o hacia dónde se dirige. Así es con todos los que “nacen de lo alto” por el viento de Dios, por el Espíritu de Dios.

⁹ Nicodemo, entonces, preguntó:

—¿Qué quieres decir con esto? ¿Cómo sucede?

¹⁰⁻¹² Jesús le contestó:

—¿Eres un maestro respetado de Israel y no sabes estos conceptos básicos? Escucha con atención. Te estoy diciendo la pura verdad. Hablo solo de lo que sé por experiencia; doy testimonio solo de lo que he visto con mis propios ojos. Aquí no hay nada de oídas, no hay habladurías. Sin embargo, en lugar de enfrentar la evidencia y aceptarla, aplazas las cosas con preguntas. Si les digo cosas tan claras como el agua y no me creen, ¿de qué sirve hablarles de cosas que no pueden ver, las que pertenecen a Dios?

¹³⁻¹⁵ »Nadie ha subido jamás a la presencia de Dios, excepto el que descendió de esa Presencia, el Hijo del hombre. Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto para que la gente tuviera algo que ver y luego creer, es necesario que el Hijo del hombre sea exaltado, y todo aquel que lo mire —confiado y expectante— obtendrá una vida verdadera, la vida eterna.

¹⁶⁻¹⁸ »Esta es la manera en que Dios amó al mundo: dio a su Hijo, su único Hijo. Lo entregó para que todo el que cree en él no se pierda; sino que, al creer en él, cualquiera pueda tener una vida plena e imperecedera. Dios no se molestó en enviar a su Hijo simplemente para condenar al mundo, lo envió para salvarlo. Cualquiera que confie en él es absuelto; pero el que se niegue a confiar en él ha estado bajo sentencia de muerte desde hace mucho tiempo, sin saberlo. ¿Y por qué? Por no creer en el Hijo único de Dios cuando se lo presentaron.

¹⁹⁻²¹ »Esta es la crisis en la que nos encontramos: la luz de Dios inundó el mundo, pero los hombres y las mujeres de todas partes corrieron hacia la oscuridad. Se fueron a la oscuridad porque no estaban, en verdad, interesados en agradar a Dios. Todos los que practican el mal, adictos a la negación y a la ilusión, odian la luz de Dios y no se acercan a ella porque tienen miedo de quedar dolorosamente expuestos. En cambio, el que obra y vive en la verdad y en la realidad, recibe la luz de Dios para que la obra pueda ser vista como hechura de Dios que es.

El amigo del novio

22-26 Después de esta conversación, Jesús se fue con sus discípulos a la región de Judea a descansar, y allí también se puso a bautizar. Al mismo tiempo, Juan estaba bautizando en Enón, cerca de Salín, donde abundaba el agua. Eso sucedió antes de que Juan fuera encarcelado. Los discípulos de este se pusieron a discutir con algunos judíos de la clase dirigente en cuanto a la naturaleza del bautismo. Aquellos se acercaron a Juan y le preguntaron:

—Rabí, ¿conoces al que estaba contigo al otro lado del Jordán? ¿El que autorizaste con tu testimonio? Bueno, ahora está compitiendo con nosotros. Él también está bautizando, y todos van a él y no a nosotros.

27-29 Juan respondió:

—No es posible que una persona tenga éxito, y me refiero al éxito *eterno*, sin la ayuda del cielo. Ustedes mismos estaban allí cuando hice público que yo no era el Mesías, sino un simple enviado antes que él para preparar las cosas. El que recibe a la novia es, por definición, el novio. Y el mejor amigo del novio —su «padrino»—, soy yo, que estoy a su lado —donde puede escuchar cada palabra que se dice—, mostrando que su felicidad es real y sincera. ¿Cómo podría estar celoso cuando sabe que la boda ha terminado y que el matrimonio ha tenido un buen comienzo?

29-30 »Por eso mi copa está rebosando. Este es el momento asignado para que él se mueva hacia el centro, y yo me deslice hacia el costado.

31-33 »El que viene de lo alto está muy por encima de los demás mensajeros de Dios. El nacido de la tierra está vinculado a la tierra y habla el idioma terrenal; el que es nacido del cielo tiene un vínculo propio. Expone la evidencia de lo que vio y oyó en el cielo. Nadie quiere lidiar con estos hechos. Pero cualquiera que examine esta evidencia llegará a jugarse la vida en esto: que Dios mismo es la verdad.

34-36 »El que Dios envió habla las palabras de Dios. Y no creas que él racionaliza el Espíritu en porciones. El Padre ama

al Hijo con todo su ser. Le entregó todo para que pudiera regalarlo: una generosa distribución de regalos. Por eso, quien acepta al Hijo y confía en él recibe todo, ¡vida completa y para siempre! Y por eso también el que evita al Hijo y desconfía de él está en oscuridad y no ve la vida. Todo lo que experimenta de Dios es oscuridad, una oscuridad llena de enojo.

La mujer junto al pozo

4¹⁻³ Jesús se dio cuenta de que los fariseos estaban contando los bautismos que él y Juan realizaban (aunque, en realidad, eran sus discípulos los que bautizaban, no Jesús). Ellos habían anotado que Jesús llevaba la delantera, lo que los convertía a él y a Juan en rivales a los ojos de la gente. Así que Jesús dejó la región de Judea y regresó a Galilea.

4-6 Para llegar allí, tuvo que pasar por Samaria. Llegó a Sicar, una aldea samaritana que bordeaba el campo que Jacob le había dado a su hijo José. El pozo de Jacob todavía estaba allí. Jesús, agotado por el viaje, se sentó junto al pozo. Era el mediodía.

7-8 Una mujer samaritana vino a sacar agua y Jesús le dijo:

—¿Me darías agua para beber?

(Sus discípulos habían ido al pueblo a comprar comida para el almuerzo).

9 La mujer samaritana, desconcertada, preguntó:

—¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? (Los judíos en esos días no hablaban con los samaritanos).

10 Jesús le respondió:

—Si conocieras la generosidad de Dios y quién soy, tú me pedirías de beber a *mí* y yo te daría agua fresca y viva.

11-12 La mujer le dijo:

—Señor, ni siquiera tienes un recipiente para sacar agua y este pozo es profundo. Entonces, ¿cómo vas a obtener esta «agua viva»? ¿Eres tú mejor hombre que nuestro antepasado Jacob, que cavó este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y su ganado, y nos lo dejó a nosotros?

13-14 Jesús le respondió:

—Todo el que beba de esta agua tendrá sed una y otra vez. Sin embargo, cualquiera que beba del agua que yo doy no tendrá sed jamás. El agua que doy será un manantial en su interior del que brotarán fuentes de vida eterna.

¹⁵ La mujer dijo:

—Señor, dame esa agua para que nunca más tenga sed ¡y para que nunca más tenga que volver a este pozo!

¹⁶ —Ve a llamar a tu esposo y luego regresa —le dijo Jesús.

¹⁷⁻¹⁸ —No tengo esposo —contestó ella.

—Bien has dicho; no tienes esposo. Has tenido cinco y el hombre con el que vives ahora ni siquiera es tu esposo. Dijiste la verdad.

¹⁹⁻²⁰ —¡Oh, así que eres profeta! Bueno, entonces dime esto: nuestros antepasados adoraban a Dios en este monte, pero ustedes, los judíos, insisten en que Jerusalén es el único lugar para adorar, ¿verdad?

²¹⁻²³ —Créeme, mujer, se acerca el momento en que ustedes, los samaritanos, ni aquí en este monte ni allá en Jerusalén adorarán al Padre. Ustedes adoran en la oscuridad; nosotros los judíos adoramos en la claridad del día. El camino de salvación de Dios está disponible a través de los judíos. Pero el tiempo se acerca, de hecho, ya ha llegado, en que no importará cómo sean llamados ni a dónde vayan a adorar.

²³⁻²⁴ »Lo que cuenta ante Dios es quiénes son y cómo viven. La adoración de ustedes debe hacer partícipe a su espíritu en la búsqueda de la verdad. Ese es el tipo de personas que el Padre está buscando: aquellos que son sencillos y sinceros delante de él en su adoración. Dios, en su propio ser, es espíritu. Aquellos que lo adoran deben hacerlo desde su propio ser, desde su espíritu, su verdadera esencia, en adoración.

²⁵ La mujer le respondió:

—No sé nada de eso. Lo que sí sé es que el Mesías va a venir. Cuando llegue, nos lo contará todo.

²⁶ —Yo soy —le dijo Jesús—. No tienes que esperar más ni buscar más.

²⁷ En ese momento sus discípulos regresaron y se sorprendieron porque no podían creer que estuviera hablando con ese tipo de mujer. Nadie dijo lo que todos estaban pensando, pero sus rostros lo manifestaban.

²⁸⁻³⁰ La mujer captó la indirecta y se fue. En su confusión, dejó su recipiente de agua. De vuelta al pueblo, le decía a la gente:

—Vengan a ver a un hombre que sabía todo lo que hice, que me conoce por dentro y por fuera. ¿Creen que este podría ser el Mesías?

Y ellos fueron a ver por sí mismos.

Es tiempo de cosecha

³¹ Mientras tanto, los discípulos le insistían:

—Rabí, come. ¿No vas a comer?

³² Él les dijo:

—Tengo una comida que comer de la que no saben nada.

³³ Los discípulos estaban perplejos: «¿Quién podría haberle traído comida?».

³⁴⁻³⁵ Jesús les dijo:

—El alimento que me sostiene es hacer la voluntad del que me envió y que termine la tarea que él comenzó. Si miran a su alrededor en este momento, ¿no dirían que faltan unos cuatro meses para la cosecha? Bueno, les estoy diciendo que abran los ojos y miren bien lo que está frente a ustedes. Estos campos samaritanos están maduros. ¡Es tiempo de cosecha!

³⁶⁻³⁸ »El Cosechador no espera. Está cobrando su paga, recogiendo el grano que está maduro para vida eterna. Ahora tanto el Sembrador como el Cosechador están triunfantes. Esa es la verdad del dicho: “Este siembra, ese cosecha”. Los envíe a cosechar un campo en el que nunca trabajaron. Sin mover un dedo, han entrado en un campo en el que otros trabajaron mucho y muy duro.

³⁹⁻⁴² Muchos de los samaritanos de ese pueblo se encomendaron a él por el testimonio de la mujer: «Él sabía todo lo que yo hice. ¡Él me conoce por dentro y por fuera!». Entonces le pidieron que se quedara, así que Jesús se quedó dos

días. Muchas más personas le confiaron sus vidas cuando escucharon lo que tenía que decir y le decían a la mujer:

—Ya no creemos solo por lo que tú dices. Lo hemos escuchado por nosotros mismos y lo sabemos con certeza. ¡Él es el Salvador del mundo!

* * *

⁴³⁻⁴⁵ Pasados los dos días Jesús partió para Galilea. Sabía bien, por experiencia, que el profeta no es respetado en el lugar donde creció. Así que, cuando llegó a ese lugar, los galileos lo recibieron, pero solo porque estaban impresionados con lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta de la Pascua, no porque realmente tuvieran idea de quién era o qué estaba haciendo.

⁴⁶⁻⁴⁸ Jesús volvió a Caná de Galilea, el lugar donde había convertido el agua en vino. Mientras tanto, en Capernaúm, había cierto oficial de la corte del rey cuyo hijo estaba enfermo. Cuando oyó que Jesús había ido de Judea a Galilea, fue y le pidió que bajara y sanara a su hijo, que estaba al borde de la muerte. Sin embargo, Jesús lo desalentó:

—A menos que un milagro los asombre, ustedes se niegan a creer.

⁴⁹ Pero el oficial de la corte no se desanimó.

—¡Ven! Mi hijo está entre la vida y la muerte.

⁵⁰⁻⁵¹ Entonces Jesús, simplemente, respondió:

—Vete a casa. Tu hijo vive.

El hombre creyó la sencilla palabra que Jesús dijo y se dirigió a su casa. En su camino de regreso, sus sirvientes lo interceptaron y le anunciaron: «¡Tu hijo vive!».

⁵²⁻⁵³ Entonces preguntó a qué hora había empezado a mejorar y ellos le respondieron:

—La fiebre bajó ayer a la una de la tarde.

Entonces el padre se dio cuenta de que ese era el preciso momento en que Jesús le había dicho: «Tu hijo vive».

⁵³⁻⁵⁴ Eso hizo que no solo él, sino toda su casa creyera. Esa fue la segunda señal que hizo Jesús después de haber regresado de Judea a Galilea.

Incluso el sábado

5¹⁻⁶ Pronto llegó otra fiesta y Jesús estaba de vuelta en Jerusalén. Allí, cerca de la Puerta de las Ovejas, había un estanque llamado *Betesda*, en hebreo, con cinco pórticos. Cientos de enfermos, ciegos, lisiados y paralíticos estaban en esos porches. Un hombre inválido llevaba enfermo allí treinta y ocho años. Cuando Jesús lo vio tendido junto al estanque y supo cuánto tiempo había estado allí, le preguntó:

—¿Quieres ser sano?

⁷ El enfermo le contestó:

—Señor, cuando se agita el agua, no tengo a nadie que me meta en el estanque. Cuando al fin logro llegar al borde, alguien más se mete primero.

⁸⁻⁹ Entonces Jesús le dijo:

—Levántate, agarra tu camilla y empieza a caminar.

El hombre fue sanado en el acto. Agarró su camilla y se alejó.

⁹⁻¹⁰ Ese día resultó ser sábado. Así que los judíos detuvieron al hombre sanado y le dijeron:

—Es sábado. No puedes cargar tu camilla. Eso va en contra de las reglas.

¹¹ Pero él les dijo:

—El hombre que me sanó me dijo: «Agarra tu camilla y empieza a caminar».

¹²⁻¹³ Entonces ellos le preguntaron:

—¿Quién te dio la orden de tomarla y comenzar a caminar?

Pero el hombre sanado no lo sabía, porque Jesús se había escabullido entre la multitud.

¹⁴ Un poco más tarde, Jesús lo encontró en el templo y le dijo:

—¡Te ves muy bien! ¡Estás sano! No regreses a una vida de pecado o podría suceder algo peor.

¹⁵⁻¹⁶ El hombre volvió y les contó a los judíos que era Jesús quien lo había sanado. Por eso los judíos intentaban atraparlo, porque hacía ese tipo de cosas el sábado.

¹⁷ Pero Jesús se defendía.

—Mi Padre trabaja todo el tiempo, incluso el sábado, y yo también.

¹⁸ Eso realmente enfureció a los judíos. Ahora no solo querían exponerlo; estaban

dispuestos a *matarlo*. No solo estaba quebrantando el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, poniéndose al mismo nivel que Dios.

Lo que hace el Padre, lo hace el Hijo

¹⁹⁻²⁰ El propio Jesús se explicó extensamente:

—Les digo esto sin rodeos. El Hijo no puede hacer nada de forma independiente, solo lo que ve hacer al Padre. Lo que hace el Padre, lo hace el Hijo. El Padre ama al Hijo y lo incluye en todo lo que hace.

²⁰⁻²³ »Pero todavía no han visto ni la mitad, porque así como el Padre resucita a los muertos y crea la vida, así también el Hijo. El Hijo da la vida a quien él elige. Ni él ni el Padre excluyen a nadie. El Padre entregó toda autoridad para juzgar al Hijo, de forma que el Hijo sea honrado por igual con el Padre. Cualquiera que deshonra al Hijo deshonra al Padre, porque fue decisión del Padre poner al Hijo en el lugar de honor.

²⁴ »Es necesario que escuchen esto con atención: cualquiera aquí que crea lo que estoy diciendo en este momento y se alinee con el Padre, que de hecho me ha puesto a mí a cargo, tiene en este mismo momento la vida real y eterna, y ya no está condenado a ser un marginado. Tal persona ha dado un paso gigantesco, del mundo de los muertos al mundo de los vivos.

²⁵⁻²⁷ »Es urgente que entiendan bien esto: ha llegado el tiempo, quiero decir ¡ahora!, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios y, al oírla, cobrarán vida. Así como el Padre tiene vida en sí mismo, ha conferido al Hijo vida en sí mismo. Y le ha dado autoridad, por el mero hecho de ser el Hijo del hombre, para decidir y llevar a cabo los asuntos del juicio final.

²⁸⁻²⁹ »No se sorprendan con todo esto. Se acerca el momento en que todos los muertos y sepultados oirán su voz. Aquellos que han vivido de la manera correcta caminarán hacia una vida de resurrección; aquellos que han vivido de forma equivocada, a un juicio de resurrección.

³⁰⁻³³ »No puedo hacer nada solo: escucho, luego decido. Pueden confiar en mi

decisión porque no busco hacer lo que deseo sino cumplir órdenes, únicamente. Si solo estuviera hablando por mi cuenta, sería un testimonio vacío y egoísta. Pero tengo un testigo independiente a favor mío, el Testigo más fidedigno de todos. Además, todos ustedes vieron y escucharon a Juan, y él dio un testimonio justo y fiable sobre mí, ¿no es así?

³⁴⁻³⁸ »Sin embargo, mi propósito no es obtener su voto ni apelar al simple testimonio humano. Les hablo de esta manera para que sean salvos. Juan era una antorcha, resplandeciente y brillante, y ustedes se alegraron de estar durante una hora más o menos bajo su intensa luz. No obstante, el testimonio con el que realmente cuento supera con creces el testimonio de Juan. Es la obra que el Padre me dio para completar. Estas mismas tareas, a medida que las voy completando, confirman que el Padre, de hecho, me envió. El Padre que me envió testifica en mi favor. Y se lo perdieron. Nunca escucharon su voz, nunca vieron su presencia. No les queda nada en la memoria de su mensaje porque no toman en serio a su mensajero.

* * *

³⁹⁻⁴⁰ »Ustedes tienen sus cabezas en sus biblias constantemente porque piensan que encontrarán la vida eterna allí; pero se enfocan tanto en los detalles que menosprecian lo verdaderamente valioso. ¡Todas estas Escrituras hablan de *mí*! Y aquí estoy, parado frente a ustedes, y no están dispuestos a recibir de mí la vida que dicen que quieren.

⁴¹⁻⁴⁴ »A mí no me interesa la aprobación de la multitud. ¿Y saben por qué? Porque los conozco a ustedes y a sus multitudes. Sé que el amor, especialmente el de Dios, no está entre sus intereses. Vine con la autoridad de mi Padre, y ustedes me rechazan o me evitan. Si viniera otro, actuando de forma engreída, lo recibirían con los brazos abiertos. ¿Cómo esperan llegar a alguna parte con Dios cuando pasan todo su tiempo compitiendo entre sí por una posición, clasificando a sus rivales e ignorando a Dios?

⁴⁵⁻⁴⁷ »Pero no crean que los voy a acusar ante mi Padre. Moisés, en quien pusieron su confianza, es su acusador. Si creyeran, si realmente creyeran, lo que dijo Moisés, me creerían a mí, porque él escribió sobre mí. Si no se toman en serio lo que él escribió, ¿cómo puedo esperar que se tomen en serio lo que yo digo?

Pan y pescado para todos

6¹⁻⁴ Después de eso, Jesús cruzó el mar de Galilea (al que algunos llaman Tiberíades). Una gran multitud lo siguió, atraída por los milagros que lo habían visto hacer entre los enfermos. Cuando llegó al otro lado, subió a una colina y se sentó, rodeado de sus discípulos. Era casi el tiempo de la Pascua, la fiesta que los judíos celebraban cada año.

⁵⁻⁶ Cuando Jesús se asomó y vio que había llegado una gran multitud, le dijo a Felipe: —¿Dónde podemos comprar pan para alimentar a esta gente?

Dijo esto para fortalecer la fe de Felipe, porque él ya sabía lo que iba a hacer.

⁷ Felipe respondió:

—Doscientas monedas de plata no serían suficientes para comprar pan para que cada persona obtenga un pedazo.

⁸⁻⁹ Uno de los discípulos, que era Andrés, hermano de Simón Pedro, dijo:

—Aquí hay un niño pequeño que tiene cinco panes de cebada y dos pescados, pero eso es una gota en el océano para un gentío como este.

¹⁰⁻¹¹ Jesús les ordenó:

—Hagan que la gente se siente.

En ese lugar la hierba verde parecía una linda alfombra. Allí, se sentaron unos cinco mil de ellos. Entonces Jesús tomó los panes y, habiendo dado gracias, se lo dio a los que estaban sentados. Hizo lo mismo con los pescados. Todos comieron tanto como quisieron.

¹²⁻¹³ Cuando la gente hubo comido hasta saciarse, les dijo a sus discípulos:

—Recojan las sobras para que no se desperdicie nada.

Ellos se pusieron a trabajar y llenaron doce canastas grandes con las sobras de los cinco panes de cebada.

¹⁴⁻¹⁵ La gente se dio cuenta de que Dios estaba obrando entre ellos en lo que Jesús acababa de hacer y dijeron:

—¡Seguro que este es el profeta, el profeta de Dios aquí mismo en Galilea!

Jesús vio que, en su entusiasmo, estaban a punto de agarrarlo y hacerlo rey, así que se escapó y volvió a subir la montaña para estar solo.

¹⁶⁻²¹ Por la tarde, sus discípulos bajaron al mar, subieron a la barca y regresaron cruzando el lago con dirección a Capernaúm. Había oscurecido bastante y Jesús aún no había regresado. Un fuerte viento comenzó a soplar y a agitar el mar. Estaban a unos cinco o seis kilómetros cuando vieron a Jesús caminando sobre el mar, muy cerca de la barca. Se asustaron mucho, pero él los tranquilizó:

—Soy yo. Todo está bien. No tengan miedo.

Así que lo recibieron a bordo. En poco tiempo llegaron a tierra, al lugar exacto al que se dirigían.

²²⁻²⁴ Al día siguiente, la multitud que había quedado atrás se dio cuenta de que había habido una sola barca, y que Jesús no había subido a ella con sus discípulos. Los habían visto marcharse sin él. Para entonces, las embarcaciones de Tiberíades habían arribado cerca de donde habían comido el pan bendecido por el Maestro. Entonces, cuando la multitud se dio cuenta de que él se había ido y no regresaría, se amontonaron en los navíos de Tiberíades y se dirigieron a Capernaúm, en busca de Jesús.

²⁵ Cuando lo encontraron de regreso al otro lado del mar, le preguntaron:

—Rabí, ¿cuándo llegaste aquí?

²⁶ Jesús respondió:

—Han venido a buscarme, no porque hayan visto a Dios en mis obras, sino porque los alimenté, les llené sus estómagos, y gratis.

El pan de vida

²⁷ »No desperdicien su energía esforzándose por conseguir comida percedera como esa. Trabajen por el alimento que permanece con ustedes, sustento que

nutre su vida eterna, alimento que da el Hijo del hombre. Él y lo que hace tienen la garantía de Dios Padre de que va a durar.

²⁸ A eso replicaron:

—Bueno, ¿qué hacemos entonces para participar en las obras de Dios?

²⁹ Jesús les dijo:

—Únanse al que Dios ha enviado. Ese tipo de compromiso los lleva a participar de las obras de Dios.

³⁰⁻³¹ Ellos vacilaron:

—¿Por qué no nos das una pista sobre quién eres, solo un indicio de lo que está sucediendo? Cuando veamos qué pasa, nos comprometeremos. Muéstranos lo que puedes hacer. Moisés alimentó a nuestros antepasados con pan en el desierto. Así lo dice en la Escritura: «Les dio a comer pan del cielo».

³²⁻³³ Jesús afirmó:

—El verdadero significado de ese pasaje no es que Moisés les dio pan del cielo, sino que mi Padre les está ofreciendo ahora mismo pan del cielo, el *verdadero* pan. El pan de Dios descendió del cielo y da vida al mundo.

³⁴ Ellos le rogaron:

—¡Maestro, danos ese pan, ahora y para siempre!

³⁵⁻³⁸ Jesús declaró:

—Yo soy el pan de vida. El que a mí viene nunca más volverá a tener hambre ni sed. Se los he dicho de forma explícita porque, aunque me han visto en acción, en realidad no me creen. Cada persona que el Padre me da, con el tiempo vendrá corriendo hacia mí. Y una vez que esa persona está conmigo, la agarro y no la suelto. Bajé del cielo no para seguir mi propia voluntad sino para cumplir la de aquel que me envió.

³⁹⁻⁴⁰ »Esta, en pocas palabras, es esa voluntad: que todo lo que me entregó el Padre se complete, que no falte un solo detalle, y que en el fin de los tiempos lo tenga todo y a todos, en pie y enteros. Esto es lo que mi Padre quiere: que cualquiera que vea al Hijo y confíe en quién es y en lo que hace y se alinee con él, entrará en la vida *real*, en la vida *eterna*. Mi parte es que estén en pie, vivos y enteros cuando se cumpla el tiempo.

⁴¹⁻⁴² Porque dijo: «Yo soy el pan que descendió del cielo», los judíos comenzaron a discutir sobre él: «¿No es este el hijo de José? ¿No conocemos a su padre? ¿No conocemos a su madre? ¿Cómo puede decir ahora: “Descendí del cielo” y esperar que alguien le crea?».

⁴³⁻⁴⁶ Jesús dijo:

—No discutan entre ustedes por causa mía. No tienen autoridad aquí. El Padre que me envió es quien tiene la potestad. Él atrae a la gente hacia mí, esa es la única forma en que vendrán. Solo entonces hago mi trabajo, reuniendo a las personas, poniéndolas de pie, listas para el fin. Esto es lo que los profetas quisieron decir cuando escribieron: «Y entonces Dios mismo enseñará a todos». Cualquiera que haya pasado algún tiempo escuchando al Padre, realmente escuchando y, por lo tanto, aprendiendo, viene a mí para que le enseñe en persona, para verlo con sus propios ojos, para oírlo con sus propios oídos, de mí, ya que lo tengo directamente del Padre. Nadie ha visto al Padre, sino aquel que viene del Padre, y ustedes pueden *verme*.

⁴⁷⁻⁵¹ »Les digo la verdad más solemne y pura: el que cree en mí tiene vida real, vida eterna. Yo soy el pan de vida. Sus antepasados comieron el maná en el desierto y murieron; pero ahora aquí está el pan que verdaderamente desciende del cielo. Cualquiera que coma este pan no morirá jamás. Yo soy el pan, ¡el pan vivo!, que descendió del cielo. ¡Cualquiera que coma este pan vivirá, y para siempre! El pan que presento al mundo para que este coma y viva soy yo mismo, este ser de carne y hueso.

⁵² Ante eso, los judíos comenzaron a pelearse entre ellos: «¿Cómo puede este darnos su carne para comer?».

⁵³⁻⁵⁸ Pero Jesús no cedió ni un centímetro.

—Solo en la medida en que coman la carne y beban la sangre del Hijo del hombre, tendrán vida en ustedes. El que trae un gran apetito a este banquete tiene vida eterna y estará en forma y listo para el día final. Mi carne es verdadera comida y mi

sangre es verdadera bebida. Al comer mi carne y beber mi sangre, ustedes entran en mí y yo en ustedes. Así como el Padre plenamente vivo me envió aquí y yo vivo por él, así el que come de mí vive por mí. Este es el pan del cielo. Sus antepasados comieron pan y murieron. El que come de este pan vivirá para siempre.

⁵⁹ Todo esto lo dijo mientras enseñaba en el lugar de reunión en Capernaúm.

Demasiado difícil de digerir

⁶⁰ Muchos de sus discípulos escucharon eso y dijeron: «Esta es una enseñanza dura, demasiado difícil de digerir».

⁶¹⁻⁶⁵ Jesús se dio cuenta de que a sus discípulos les estaba costando entender eso y dijo:

—¿Los desconcierta esto por completo? ¿Qué pasaría si vieran al Hijo del hombre ascendiendo al lugar de donde vino? El Espíritu puede dar vida. Los músculos y la fuerza de voluntad no hacen que nada suceda. Cada palabra que les he hablado es espíritu y, por lo tanto, es vida. Sin embargo, algunos de ustedes se resisten, se niegan a ser parte de esto.

(Jesús sabía desde el principio que algunos no se iban a arriesgar con él y también sabía quién lo traicionaría). Así que continuó diciendo:

—Por eso les dije antes que nadie puede venir a mí por su cuenta. Llegan a mí solo como un regalo del Padre.

⁶⁶⁻⁶⁷ Después de esto, muchos de sus discípulos se marcharon. Ya no querían estar vinculados con él. Entonces Jesús les dio a los doce su oportunidad:

—¿También ustedes quieren irse?

⁶⁸⁻⁶⁹ Pedro respondió:

—Maestro, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida real, de vida eterna. Ya nos hemos comprometido, seguros de que tú eres el Santo de Dios.

⁷⁰⁻⁷¹ Jesús respondió:

—¿No los he elegido yo a ustedes, los doce? ¡Aun así, uno de ustedes es un demonio!

Se refería a Judas, hijo de Simón Iscariote. Este hombre, ¡uno de los doce!, ya entonces se disponía a traicionarlo.

7¹⁻² Más tarde, Jesús estaba en Galilea ocupándose de sus asuntos. No quería viajar por Judea porque los judíos buscaban una oportunidad para matarlo. Estaba cerca la fiesta de los Tabernáculos, que los judíos celebraban cada año.

³⁻⁵ Sus hermanos le preguntaron:

—¿Por qué no sales de aquí y subes a la fiesta para que tus discípulos puedan ver bien las obras que haces? Nadie que pretenda ser conocido en público lo hace todo detrás de escena. Si te tomas en serio lo que estás haciendo, sal a la luz y muéstraselo al mundo.

Ellos lo presionaban así porque tampoco creían en él.

⁶⁻⁸ Jesús les respondió:

—No me presionen. Este no es mi tiempo. Para ustedes *cualquier* tiempo es bueno; no tienen nada que perder. El mundo no tiene nada contra ustedes, pero está en guerra contra mí. Está en mi contra porque expongo el mal que motiva sus pretensiones. Adelántense ustedes, suban a la fiesta. No me esperen. Yo no estoy listo todavía. No es el momento adecuado para mí.

⁹⁻¹¹ Habiendo dicho eso, se quedó en Galilea. Aunque más tarde, después de que su familia había ido a la fiesta, él también fue, pero se mantuvo alejado, intentando no llamar la atención. Los judíos ya estaban buscándolo y preguntaban: «¿Dónde está ese hombre?».

¹²⁻¹³ Entre la multitud circulaban muchos rumores polémicos sobre él. Algunos afirmaban: «Es un buen hombre»; pero otros decían: «No es así. Está engañando a las personas». Este tipo de charla se susurraban con cautela por temor a los líderes judíos.

¿Podría ser el Mesías?

¹⁴⁻¹⁵ Ya en la mitad de la fiesta, Jesús se presentó en el templo y comenzó a enseñar. Los judíos estaban impresionados y, a la vez, desconcertados; por lo que se cuestionaban: «¿Cómo sabe tanto sin haber sido instruido?».

¹⁶⁻¹⁹ Jesús dijo:

—Yo no inventé esto. Lo que enseñé proviene de aquel que me envió. Cualquiera

que quiera hacer la voluntad de Dios puede probar esta enseñanza y saber si es de Dios o si yo la estoy inventando. Una persona que inventa cosas trata de quedar bien, pero el que intenta honrar a quien lo envió se pega a los hechos y no manipula la realidad. ¿Fue Moisés, verdad, quien les dio la ley de Dios? Sin embargo, ninguno de ustedes la cumple. Entonces, ¿por qué tratan de matarme?

²⁰ La multitud contestó:

—¡Estás loco! ¿Quién trata de matarte? Estás poseído por un demonio.

²¹⁻²⁴ Jesús replicó:

—Hice un milagro hace unos meses y todavía andan molestos, preguntándose qué estoy haciendo. Moisés ordenó la circuncisión, que —en principio— no procedía de él, sino de sus antepasados, y por eso circuncidan al hombre, tratando con una parte de su cuerpo, aunque sea sábado. Hacen eso para preservar un elemento en la ley de Moisés. De modo que, ¿por qué se enfadan conmigo porque sané todo el cuerpo de un hombre el sábado? No sean criticones; usen su cabeza ¡y su corazón! para discernir lo que es correcto, para probar lo que en verdad es justo.

²⁵⁻²⁷ Fue entonces cuando algunos de los que vivían en Jerusalén comentaron:

—¿No es a este a quien querían matar? Y aquí está, al aire libre, diciendo lo que le da la gana, y nadie lo detiene. ¿Será que los gobernantes saben que él es, de hecho, el Mesías? Y, sin embargo, sabemos de dónde salió este hombre. El Mesías saldrá de la nada. Nadie va a saber de dónde viene.

²⁸⁻²⁹ Eso provocó que Jesús, que estaba enseñando en el templo, exclamara:

—Sí, creen que me conocen y saben de dónde vengo, pero yo no soy de ahí. No me metí en esto porque quise. Mi verdadero origen está en aquel que me envió y ustedes no lo conocen en absoluto. Vengo de él, por eso es que lo conozco. Él me envió aquí.

³⁰⁻³¹ Ellos buscaban la manera de arrestarlo, pero no le pusieron la mano encima porque aún no era el tiempo de Dios. Muchos de la multitud creyeron en él con

fe, diciendo: «Cuando venga el Mesías, ¿nos dará evidencia mejor o más convincente que esta?».

³²⁻³⁴ Los fariseos, alarmados por esa idea sediciosa que contagiaba la multitud, se unieron a los sumos sacerdotes y enviaron a sus guardias para arrestarlo, pero Jesús los reprendió:

—Estaré con ustedes poco tiempo. Luego iré a aquel que me envió. Me buscarán, pero no me encontrarán. Donde yo estoy, ustedes no pueden venir.

³⁵⁻³⁶ Los judíos se preguntaban: «¿Adónde creen ustedes que va que no podremos encontrarlo? ¿Piensan que está a punto de viajar al mundo griego para enseñar a los judíos? ¿De qué está hablando cuando afirma: “Me buscarán, pero no me hallarán” y “Donde yo estoy, ustedes no pueden venir”?».

³⁷⁻³⁹ En el último y más importante día de la fiesta, Jesús se levantó y dijo:

—¡Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba! Ríos de agua viva brotarán y se derramarán del interior de todo aquel que crea en mí de esta manera, tal como dice la Escritura.

(Dijo esto respecto al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él. El Espíritu aún no había sido dado porque Jesús todavía no había sido glorificado).

⁴⁰⁻⁴⁴ Aquellos en la multitud que escucharon esas palabras decían: «Este tiene que ser el profeta». Otros aseguraban: «¡Él es el Mesías!». Pero otros objetaban: «No es posible que el Mesías venga de Galilea, ¿verdad? ¿No nos dice la Escritura que el Mesías viene del linaje de David y de Belén, el pueblo de David?». Entonces la multitud se dividió por causa de él. Algunos hasta querían arrestarlo, pero nadie le puso la mano encima.

⁴⁵ Fue entonces cuando los guardias del templo volvieron a los sumos sacerdotes y los fariseos, quienes exigieron:

—¿Por qué no lo trajeron?

⁴⁶ Los guardias respondieron:

—¿Han oído cómo habla? Nunca hemos escuchado a nadie hablar como ese hombre.

⁴⁷⁻⁴⁹ Los fariseos replicaron:

—¿Se dejan llevar como el resto de la gente? No ven a ninguno de los líderes creyendo en él, ¿verdad? ¿O a alguno de los fariseos? Es solo esta multitud, ignorante de la ley de Dios, que se deja engañar por él y está bajo maldición.

⁵⁰⁻⁵¹ Nicodemo, el hombre que había acudido a Jesús antes y era tanto gobernante como fariseo, habló:

—¿Acaso nuestra ley decide condenar a un hombre sin antes escucharlo y averiguar lo que está haciendo?

Pero ellos lo interrumpieron:

⁵²⁻⁵³ —¿Tú también estás a favor del galileo? Examina la evidencia. Fíjate si algún profeta viene de Galilea.

Entonces todos se fueron a casa.

Que lance la primera piedra

8¹⁻² Jesús se dirigió al monte de los Olivos, pero pronto estuvo de nuevo en el templo. Multitudes de personas acudieron a él, entonces él se sentó y les enseñó.

³⁻⁶ Los expertos religiosos y los fariseos llevaron a una mujer que había sido sorprendida en un acto de adulterio. La pusieron de pie a la vista de todos y le dijeron a Jesús:

—Maestro, a esta mujer la encontraron en el acto mismo de adulterio. Moisés, en la ley, manda apedrear a tales personas. ¿Tú qué dices?

Estaban tratando de tenderle una trampa para que dijera algo incriminatorio y así poder presentar cargos en su contra.

⁶⁻⁸ Jesús se inclinó y escribió con su dedo en la tierra. Como ellos seguían acercándose a él, acosándolo, él se enderezó y les dijo:

—El que esté libre de pecado entre ustedes, que lance la primera piedra.

Inclinándose de nuevo, siguió escribiendo en la tierra.

⁹⁻¹⁰ Al escuchar eso, ellos se alejaron, uno detrás de otro, comenzando por el más anciano. La mujer quedó sola. Jesús se levantó y le preguntó:

—Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te condena?

¹¹ —Nadie, Maestro.

—Yo tampoco —le dijo Jesús—. Sigue tu camino. De ahora en adelante, no peques más.

Se están perdiendo a Dios en todo esto

¹² Una vez más Jesús se dirigió a la gente:

—Yo soy la luz del mundo. Todo el que me sigue no tropieza en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida.

¹³ Los fariseos objetaron:

—Todo lo que tenemos es tu palabra al respecto. Necesitamos más que eso para creerte.

¹⁴⁻¹⁸ Jesús les respondió:

—Tienen razón en que solo tienen mi palabra, pero pueden estar seguros de que es verdad. Sé de dónde vengo y a dónde voy. Ustedes no saben de dónde soy ni a dónde voy. Deciden según lo que pueden ver y tocar. Yo no hago juicios así, pero aunque lo hiciera, mi juicio sería verdadero porque no lo haría con la limitación de mi experiencia sino con la grandeza de aquel que me envió, el Padre. Eso cumple las condiciones establecidas en la ley de Dios: que puedan contar con el testimonio de dos testigos; y eso es lo que tienen: tienen mi palabra y tienen la palabra del Padre que me envió.

¹⁹ Ellos le preguntaron:

—¿Dónde está ese llamado Padre tuyo? Jesús les respondió:

—Me están mirando a mí y no me ven. ¿Cómo esperan ver al Padre? Si me conocieran, al mismo tiempo conocerían al Padre.

²⁰ Jesús pronunció estas palabras en el lugar donde se depositaban las ofrendas, mientras enseñaba en el templo. Nadie lo arrestó porque su tiempo aún no había llegado.

²¹ Luego volvió a decir lo mismo:

—Me voy y me van a buscar, pero están perdiendo de vista a Dios en todo esto y se están dirigiendo a un callejón sin salida. No hay forma de que puedan venir conmigo.

²² Los judíos comentaban entre sí: «Entonces, ¿se va a suicidar? ¿Es eso lo que quiere decir con “No pueden venir conmigo”?».

²³⁻²⁴ Jesús continuó:

—Ustedes están atados al mundo; yo estoy en contacto con lo que está más allá de sus horizontes. Viven de acuerdo con lo que ven y lo que tocan. Yo vivo en otros términos. Les dije que estaban perdiendo de vista a Dios en todo esto. Están en un callejón sin salida. Si no creen que soy quien digo que soy, están en el camino de los pecados. Están rechazando a Dios.

²⁵⁻²⁶ Ellos le dijeron:

—De todos modos, ¿quién eres?

Jesús respondió:

—Lo que he dicho desde el principio. Tengo muchas cosas que decir que les conciernen, juicios que hacer que los afectan, pero si no aceptan la veracidad de aquel que ordenó mis palabras y mis actos, nada de eso importa. A él están cuestionándolo, no a mí, sino al que me envió.

²⁷⁻²⁹ Ellos seguían sin entenderlo, no se daban cuenta de que se refería al Padre. Así que Jesús lo intentó de nuevo:

—Cuando hayan levantado al Hijo del hombre, entonces sabrán quién soy yo, que no estoy inventando esto, sino que hablo solo lo que el Padre me enseñó. El que me envió permanece conmigo. Él no me abandona. Él ve cuánto gozo tengo en complacerlo.

³⁰ Cuando lo expresó de esta forma, muchas personas decidieron creer.

Si el Hijo los libera

³¹⁻³² Entonces Jesús se dirigió a los judíos que habían afirmado creer en él.

—Si se apegan a esto y viven lo que les digo, serán mis discípulos. Entonces experimentarán la verdad por sí mismos, y la verdad los hará libres.

³³ Sorprendidos, dijeron:

—Pero nosotros somos descendientes de Abraham. Nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo puedes decir: «La verdad los hará libres»?

³⁴⁻³⁸ Jesús respondió:

—Les digo muy en serio que todo aquel que elige una vida de pecado está atrapado en una existencia sin futuro y es, de hecho, esclavo. El esclavo no puede ir y venir cuando le dé la gana. El Hijo, sin

embargo, tiene una posición establecida: dirigir la casa. Así que si el Hijo los liberta, son completamente libres. Sé que son descendientes de Abraham, pero también sé que están tratando de matarme porque mi mensaje aún no ha penetrado en sus gruesos cráneos. Estoy hablando de cosas que he visto mientras estaba en compañía del Padre, y ustedes siguen haciendo lo que han oído de su padre.

³⁹⁻⁴¹ Ellos se indignaron.

—¡Nuestro padre es Abraham!

—Si fueran hijos de Abraham —les dijo Jesús—, habrían estado haciendo las cosas que él hizo. ¡Y sin embargo aquí están, tratando de matarme; a mí, que les he dicho la verdad que obtuve directamente de Dios! Abraham nunca hizo ese tipo de cosas. Ustedes insisten en repetir las obras de su padre.

—No somos bastardos —replicaron ellos—. Tenemos un padre legítimo: el único y verdadero Dios.

⁴²⁻⁴⁷ —Si Dios fuera su padre —dijo Jesús—, me amarían, porque vine de Dios y aquí me tienen. No vine por mi cuenta. Él me envió. ¿Por qué no pueden entender una palabra de lo que digo? Esta es la razón: no pueden aceptarla. Ustedes son de su padre, el diablo, y todo lo que quieren hacer es complacerlo. Él fue asesino desde el principio. No podía soportar la verdad porque no había ni una pizca de verdad en él. Cuando el mentiroso habla, inventa todo a partir de su naturaleza engañosa y llena el mundo de mentiras. Yo aparezco en escena, les digo la pura verdad, y se niegan a tener algo que ver conmigo. ¿Puede alguno de ustedes condenarme por una sola palabra engañosa o un solo acto pecaminoso? Pero si digo la verdad, ¿por qué no me creen? Cualquiera que esté del lado de Dios escucha las palabras de Dios. Por eso ustedes no escuchan, porque no están del lado de Dios.

Yo soy el que soy

⁴⁸ Entonces los judíos dijeron:

—Todo está dicho. Teníamos razón cuando te llamábamos samaritano y

decíamos que estabas loco ¡y poseído por un demonio!

⁴⁹⁻⁵¹ Jesús les contestó:

—No estoy loco. Solo honro a mi Padre, mientras que ustedes me deshonran. No estoy tratando de conseguir nada para mí. Dios tiene la intención de hacer algo grande y glorioso aquí, y está tomando las decisiones que han de llevar eso a cabo. Lo digo con absoluta confianza. Si practican lo que les digo, nunca tendrán que mirar a la muerte a la cara.

⁵²⁻⁵³ En este punto, los judíos dijeron:

—Ahora *sabemos* que estás loco. Abraham murió. Los profetas murieron. Y tú te apareces diciendo: «Si practican lo que les digo, nunca tendrán que enfrentar la muerte, ni siquiera probarla». ¿Acaso eres más grande que Abraham? ¡El murió y los profetas también murieron! ¿Quién crees que eres?

⁵⁴⁻⁵⁶ Jesús dijo:

—Si me estuviera esforzando por obtener toda la atención, no serviría de nada. Sin embargo, mi Padre, el mismo que ustedes dicen que es su Padre, me pone aquí en este tiempo y en este lugar esplendoroso. No lo han reconocido en esto, pero yo sí. Si yo, con falsa modestia, dijera que no sé lo que pasa, sería tan mentiroso como ustedes. Pero yo sí lo sé, y estoy haciendo lo que él dice. Abraham, su «padre», se regocijó complacido al percibir lo que preludiaba la historia y vio llegar mi día. Él lo vio y se alegró.

⁵⁷ Los judíos dijeron:

—Ni siquiera tienes cincuenta años, ¿y Abraham te vio?

⁵⁸ —Créanme —dijo Jesús—, *yo soy el que soy* mucho antes de que Abraham naciera.

⁵⁹ Eso fue el colmo para ellos, tanto que los llevó al límite. Entonces, agarraron unas piedras para arrojárselas a Jesús, pero él —escabulléndose— salió del templo.

La verdadera ceguera

9¹⁻² Al caminar por una calle, Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Sus discípulos le preguntaron:

—Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que naciera ciego?

³⁻⁵ Jesús respondió:

—La pregunta que están haciendo no es correcta. Están buscando a alguien a quien culpar. Esto no se trata de causa y efecto. Al contrario, piensen en lo que Dios puede hacer. Necesitamos laborar enérgicamente para aquel que me envió aquí, trabajar mientras el sol brilla. Cuando cae la noche, la jornada laboral termina. Pero, mientras yo permanezca en este mundo, la luz abundará. Yo soy la luz del mundo.

⁶⁻⁷ Habiendo dicho esto, escupió en el polvo, hizo una mezcla de arcilla con su saliva, frotó los ojos del ciego con ella y le ordenó:

—Ve a lavarte en el estanque de Siloé. (Siloé significa «enviado»). El hombre fue y se lavó, y recibió la vista.

⁸ Pronto el pueblo se alborotó. Sus parientes y los que año tras año lo habían visto mendigar, decían: «¿Acaso no es este el hombre que conocíamos, que se sentaba aquí y mendigaba?».

⁹ Otros aseguraban: «¡Sí, es él!».

Pero otros objetaban: «No es el mismo hombre en absoluto. Solo se parece a él».

Pero él confirmó lo ocurrido diciendo:

—Soy yo, el mismo.

¹⁰ —¿Cómo se te abrieron los ojos? —preguntaron ellos.

¹¹ —Un hombre llamado Jesús hizo una mezcla, me la frotó en los ojos y me dijo: «Ve a lavarte a Siloé». Hice lo que me dijo. Cuando me lavé, recibí la vista.

¹² —¿Y dónde está él?

—No lo sé.

¹³⁻¹⁵ Así que llevaron al hombre ante los fariseos. Ese día cuando Jesús hizo la mezcla y sanó su ceguera era sábado. Los fariseos lo interrogaron nuevamente sobre cómo había llegado a ver. Él les contó:

—Él hizo una mezcla de arcilla, la puso en mis ojos, me lavé y ahora veo.

¹⁶ Algunos de los fariseos comentaron: «Es evidente que este hombre no puede ser de Dios porque no guarda el sábado».

Otros se preguntaban: «¿Cómo puede un hombre malo hacer milagros como estos y revelar a Dios?».

Y no se ponían de acuerdo entre ellos.

¹⁷ De modo que volvieron a dirigirse al ciego y le dijeron:

—Tú eres el que sabe. Te abrió los ojos. ¿Qué puedes decir de él?

—Que es un profeta —dijo el hombre.

¹⁸⁻¹⁹ Los judíos no podían aceptar eso; para empezar, no creían que el hombre fuera ciego. Así que llamaron a los padres del individuo que había recibido la vista y les preguntaron:

—¿Es este su hijo, el que dicen que nació ciego? Entonces, ¿cómo es que ahora ve?

²⁰⁻²³ Sus padres respondieron:

—Sabemos que es nuestro hijo y que nació ciego, pero no sabemos cómo llegó a ver, no tenemos ni idea de quién le abrió los ojos. ¿Por qué no le preguntan a él? Es un hombre adulto y puede hablar por sí mismo.

(Sus padres hablaban así porque fueron intimidados por los líderes judíos, que ya habían decidido que todo el que adoptara la posición de que este era el Mesías sería expulsado de la sinagoga. Por eso sus padres dijeron: «Pregúntenle a él. Es un hombre adulto»).

²⁴ Entonces llamaron al hombre por segunda vez, al que había sido ciego, y le dijeron:

—Dale crédito a Dios. Sabemos que este hombre es un impostor.

²⁵ Él respondió:

—No sé nada sobre eso, ni en un sentido ni en otro, pero estoy seguro de una cosa: estaba ciego y ahora veo.

²⁶ Ellos insistieron:

—¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?

²⁷ —Se los he dicho una y otra vez, y no me escuchan. ¿Por qué quieren volver a escucharlo? ¿Tantas ganas tienen de convertirse en sus discípulos?

²⁸⁻²⁹ Cuando dijo eso, le saltaron encima.

—Tú puedes ser discípulo de ese hombre, pero nosotros somos discípulos de Moisés. Sabemos con certeza que Dios le habló a Moisés, pero no tenemos idea de dónde viene este tipo.

³⁰⁻³³ El hombre respondió:

—¡Esto es increíble! Dicen que no saben nada de él, pero el hecho es que ¡me abrió

los ojos! Es bien sabido que Dios no está a la entera disposición de los pecadores, sino que escucha con atención a todo el que vive en reverencia y hace su voluntad. Nunca se ha oído que alguien le abra los ojos a un ciego de nacimiento. Si este hombre no viniera de Dios, no podría hacer nada.

³⁴ Ellos le contestaron:

—¡No eres más que basura! ¡Cómo te atreves a usar ese tono con nosotros!

Luego lo expulsaron.

³⁵ Oyendo Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le preguntó:

—¿Crees tú en el Hijo del hombre?

³⁶ —Muéstramelo, señor, para que pueda creer en él —dijo el hombre.

³⁷ —Lo estás viendo. ¿No reconoces mi voz? —le preguntó Jesús.

³⁸ —Maestro, creo —dijo el hombre y lo adoró.

³⁹ Entonces Jesús dijo:

—Vine al mundo para traer todo a la claridad del día, dejando al descubierto todas las distinciones, para que aquellos que nunca han visto vean, y los que han fingido ver, se revelen como ciegos.

⁴⁰ Algunos fariseos lo escucharon y dijeron:

—¿Significa eso que nos llamas ciegos?

⁴¹ Jesús dijo:

—Si fueran realmente ciegos, serían irreprehensibles, pero como afirman ver todo tan bien, son responsables de cada pecado y cada fracaso.

Él llama a sus ovejas por su nombre

10¹⁻⁵ »Permítanme explicarles esto mejor. Si una persona trepa o atraviesa la cerca de un corral de ovejas en vez de pasar por la puerta, saben que lo que está tramando no es bueno, ¡es un ladrón de ovejas! El pastor camina hasta la puerta. El guardia le abre la puerta y las ovejas reconocen su voz. Él llama a sus propias ovejas por su nombre y las saca del corral. Cuando las saca a todas, las guía, y ellas lo siguen porque conocen su voz. No seguirán la voz de un extraño, sino que se dispersarán, porque su sonido no les es familiar.

⁶⁻¹⁰ Jesús les contó esta sencilla historia, pero ellos no tenían idea de lo que estaba hablando. Así que lo intentó de nuevo.

—Seré explícito, entonces. Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que vinieron antes de mí, eran ladrones de ovejas, eran unos ladrones y unos bandidos; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta. Cualquiera que entre por la puerta que soy yo, será salvo y encontrará pastos. El ladrón solo se presenta para robar, matar y destruir. Yo vine para que puedan tener vida real y eterna, más y mejor vida de la que jamás soñaron.

¹¹⁻¹³ »Yo soy el buen pastor. El buen pastor cuida las ovejas antes que sí mismo, se sacrifica si es necesario. El que trabaja por un salario no es un verdadero pastor. Las ovejas no significan nada para él. Cuando ve venir a un lobo, huye corriendo y deja que sean devoradas y dispersas por la bestia. Solo las atiende por dinero. Las ovejas no le importan.

¹⁴⁻¹⁸ »Sin embargo, yo soy el buen pastor. Yo conozco a mis ovejas y ellas me conocen. De la misma manera, el Padre me conoce y yo conozco al Padre. Antepongo las ovejas a mí mismo, me sacrifico si es necesario. Tienen que saber que tengo otras ovejas además de las de este corral. Necesito reunir las y traerlas. Ellas también reconocerán mi voz. Entonces será un solo rebaño, un solo pastor. Por eso me ama el Padre: porque yo doy mi vida sin reservas. Y así soy libre de volver a tomarla. Nadie me la quita. Yo la doy por mi propia voluntad. Tengo derecho a darla; también tengo derecho a volver a tomarla. Recibí esta autoridad personalmente de mi Padre.

¹⁹⁻²¹ Este tipo de conversación provocó otra división entre los judíos. Muchos de ellos decían: «Está loco, es un maniaco, está fuera de sí. ¿Para qué escucharlo?». Pero otros no estaban tan seguros: «Estas no son palabras de un loco. ¿Puede un “maniaco” abrirles los ojos a los ciegos?».

* * *

²²⁻²⁴ En ese momento se celebraba la fiesta de la Dedicación (o Janucá) en

Jerusalén. Era invierno, y Jesús estaba paseando en el templo por el pórtico de Salomón. Los judíos, rodeándolo, le preguntaron:

—¿Hasta cuándo nos vas a tener adivinando? Si eres el Mesías, dínoslo sin rodeos.

²⁵⁻³⁰ Jesús les respondió:

—Ya se los dije, pero no creen. Todo lo que he hecho ha sido autorizado por mi Padre, las acciones hablan más que las palabras. No creen porque no son mis ovejas. Mis ovejas reconocen mi voz. Yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida real y eterna. Están protegidas del destructor para siempre. Nadie puede robarlas de mi mano. El Padre, que las puso bajo mi cuidado, es mucho más grande que el destructor y el ladrón. Nadie jamás podría alejarlas de él. El Padre y yo somos un solo corazón y una sola mente.

³¹⁻³² De nuevo los judíos agarraron piedras para arrojárselas, pero Jesús les dijo:

—Les he mostrado muchas buenas acciones procedentes del Padre. ¿Por cuál de ellas me apedrean?

³³ Los judíos le respondieron:

—No te apedreamos por nada bueno que hayas hecho, sino por lo que dijiste: esta blasfemia de llamarte Dios.

³⁴⁻³⁸ Jesús dijo:

—Solo estoy citando su inspirada Escritura, en la que Dios dijo: «Les digo que son dioses». Si Dios llamó a sus antepasados «dioses», y la Escritura no miente, ¿por qué gritan «¡Blasfemo! ¡Blasfemo!» al único que el Padre consagró y envió al mundo, solo porque dije: «Yo soy el Hijo de Dios»? Si no hago las cosas que hace mi Padre, bien, no me crean. Pero si las hago, dejen de lado por un momento lo que me escucharon decir de mí mismo y que me tomen la evidencia de las acciones que están delante de sus ojos. Entonces, tal vez entiendan y vean que no solo estamos haciendo lo mismo, sino que *somos* lo mismo, Padre e hijo. El está en mí; yo estoy en él.

³⁹⁻⁴² Ellos volvieron a intentar arrestarlo, pero se les escapó de las manos. Jesús regresó al otro lado del Jordán, al lugar

donde Juan había estado bautizando por primera vez, y se quedó allí. Mucha gente lo seguía y decía: «Juan no hizo milagros, pero todo lo que dijo acerca de este hombre se ha cumplido». Y muchos allí creyeron en él.

La muerte de Lázaro

11¹⁻³ Un hombre llamado Lázaro estaba enfermo, era de Betania, el pueblo de María y Marta, sus hermanas. Esta era la misma María que ungió los pies del Señor con aceites aromáticos y luego los secó con su cabello. Era su hermano Lázaro el que estaba enfermo. Por lo que las hermanas le enviaron un mensaje a Jesús: «Maestro, el que tanto amas está enfermo».

⁴ Cuando Jesús recibió el mensaje, dijo: «Esta enfermedad no es mortal, sino que se convertirá en una ocasión para mostrar la gloria de Dios y exaltar a su Hijo».

⁵⁻⁷ Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro, pero —por extrañeo que parezca— cuando escuchó que Lázaro estaba enfermo, se quedó donde estaba dos días más. Después de esos dos días, les dijo a sus discípulos:

—Volvamos a Judea.

⁸ Ellos le informaron:

—Rabí, no puedes hacer eso. Los judíos quieren matarte, ¿y vas a regresar?

⁹⁻¹⁰ —¿No hay doce horas de luz? —respondió Jesús—. Cualquiera que camina de día no tropieza porque hay mucha luz del sol. Sin embargo, si camina de noche, es muy posible que tropiece porque no puede ver a dónde va.

¹¹ Dijo esas cosas y luego anunció:

—Nuestro amigo Lázaro duerme. Voy a despertarlo.

¹²⁻¹³ Los discípulos le dijeron:

—Maestro, si duerme, descansará bien y despertará sintiéndose mejor.

Jesús estaba hablando de la muerte, mientras que sus discípulos pensaron que estaba hablando de una siesta.

¹⁴⁻¹⁵ Entonces Jesús lo explicó:

—Lázaro murió. Y me alegro por ustedes de no haber estado allí. Están a punto de recibir nuevos motivos para creer. Ahora vamos a verlo.

¹⁶ Fue entonces cuando Tomás, apodado el Gemelo, les dijo a sus compañeros:

—Vamos. Bien podríamos morir con él.

¹⁷⁻²⁰ Cuando Jesús finalmente llegó allí, se encontró con que Lázaro llevaba muerto cuatro días. Betania estaba cerca de Jerusalén, como a tres kilómetros de distancia, y muchos de los judíos habían ido a casa de Marta y de María para darles sus condolencias por la muerte de su hermano. Cuando Marta escuchó que Jesús venía, salió a su encuentro, pero María se quedó en la casa.

²¹⁻²² Marta le reprochó:

—Maestro, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto; pero incluso ahora, sé que cualquier cosa que le pidas a Dios, te la dará.

²³ —Tu hermano resucitará —le informó Jesús.

²⁴ —Sé que resucitará en la resurrección al final de los tiempos —contestó Marta.

²⁵⁻²⁶ —No tienes que esperar hasta el final. Yo soy, ahora mismo, la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá. Y todo el que vive creyendo en mí al final no morirá jamás. ¿Crees esto?

²⁷ —Sí, Maestro. Siempre he creído que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que viene al mundo.

²⁸ Después de decir eso, Marta se acercó a su hermana María y le susurró al oído:

—El Maestro está aquí y pregunta por ti.

²⁹⁻³² En cuanto María oyó eso, se levantó y corrió hacia él. Jesús aún no había entrado en el pueblo, sino que todavía estaba en el lugar donde Marta lo había encontrado. Cuando sus amigos judíos que habían ido a darles las condolencias vieron a María salir corriendo, la siguieron, pensando que iba a la tumba a llorar. Cuando María llegó a donde estaba Jesús, se postró a sus pies diciendo:

—Maestro, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.

³³⁻³⁴ Cuando Jesús vio a María y a los judíos con ella sollozar, un enojo profundo brotó dentro de él y dijo:

—¿Dónde lo pusieron?

³⁴⁻³⁵ —Maestro, ven a ver —contestaron. Jesús lloró.

³⁶ Los judíos dijeron:

—Miren cuánto lo amaba.

³⁷ Otros entre ellos comentaban:

—Bueno, si lo amaba tanto, ¿por qué no hizo algo para evitar que muriera? Después de todo, le abrió los ojos a un ciego.

³⁸⁻³⁹ Entonces Jesús, con el enojo brotando de nuevo dentro de sí, llegó al sepulcro. Era una simple cueva en la ladera tapada con una piedra.

—Quiten la piedra —ordenó Jesús.

Marta, la hermana del muerto, dijo:

—Maestro, es que seguro huele mal. ¡Lleva muerto cuatro días!

⁴⁰ Jesús la miró a los ojos.

—¿No te dije que si crees, verás la gloria de Dios?

⁴¹⁻⁴² Luego, les dijo a los demás:

—Vamos, quiten la piedra.

Ellos quitaron la piedra. Jesús levantó los ojos al cielo y oró:

—Padre, te agradezco que me hayas escuchado. Sé que siempre escuchas, pero digo esto a causa de esta multitud que está aquí, para que crean que tú me enviaste.

⁴³⁻⁴⁴ Luego gritó:

—¡Lázaro, ven fuera!

Y el muerto salió, envuelto de pies a cabeza, y con un sudario sobre la cara.

—Desenvuélvanlo y dejen que se vaya —les dijo Jesús.

El hombre que hace señales de Dios

⁴⁵⁻⁴⁸ Ese fue un momento clave para muchos de los judíos que estaban con María. Al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él. Por otro lado, algunos volvieron a los fariseos y les contaron lo que vieron. Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron una reunión del cuerpo gobernante judío.

—¿Qué hacemos ahora? —se preguntaron—. Este hombre sigue haciendo señales de Dios. Si lo dejamos continuar, muy pronto todos creerán en él, y los romanos vendrán y quitarán el poco poder y privilegio que aún tenemos.

⁴⁹⁻⁵² Entonces uno de ellos, llamado Caifás, el sumo sacerdote designado ese año, habló:

—¿No entienden nada? ¿No ven que nos conviene que un hombre muera por el pueblo en lugar de que toda la nación sea destruida?

No dijo esto por su propia voluntad, sino que como sumo sacerdote ese año, sin saberlo, profetizó que Jesús estaba a punto de morir en sacrificio por la nación, y no solo por esta, sino para que todos los hijos de Dios esparcidos por el exilio pudieran ser reunidos en un solo pueblo.

⁵³⁻⁵⁴ Así que, a partir de ese día, conspiraron para matarlo. Por eso Jesús ya no salía en público entre los judíos, sino que se retiró a una región que bordea el desierto, a un pueblo llamado Efraín, y se recluyó allí con sus discípulos.

⁵⁵⁻⁵⁶ Faltaba poco para la Pascua judía, así que multitudes de personas se dirigieron desde el campo hacia Jerusalén con el fin de prepararse para la fiesta. Tenían curiosidad acerca de Jesús y se hablaba mucho de él entre los que estaban en el templo: «¿Qué piensan? ¿Creen que se aparecerá en la fiesta o no?».

⁵⁷ Mientras tanto, los sumos sacerdotes y los fariseos habían dado la orden de que cualquiera que supiera su paradero debía denunciarlo. Todos estaban listos para arrestarlo.

María unge los pies de Jesús

12 ¹⁻³ Seis días antes de la Pascua, Jesús entró en Betania, donde vivía Lázaro, recién resucitado de entre los muertos. Lázaro y sus hermanas invitaron a Jesús a cenar a su casa. Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él. María entró con un frasco de aceites aromáticos muy caros, ungió y masajeó los pies de Jesús, y luego los secó con su cabello. La fragancia de los aceites llenó la casa.

⁴⁻⁶ Judas Iscariote, uno de los discípulos de Jesús, que ya estaba dispuesto a traicionarlo, dijo:

—¿Por qué no se vendió este aceite y se dio el dinero a los pobres? Habría generado fácilmente trescientas monedas de plata.

Dijo eso no porque le importaran los pobres, sino porque era un ladrón. Estaba a cargo de sus fondos comunes, pero también los malversaba.

⁷⁻⁸ Jesús le respondió:

—Déjala. Ella está anticipando y honrando el día de mi entierro. Siempre tendrán a los pobres con ustedes, pero a mí no siempre me tendrán.

⁹⁻¹¹ Se corrió la voz entre los judíos de que había regresado a la ciudad. La gente fue a ver, no solo a Jesús, sino también a Lázaro, que había resucitado de entre los muertos. Entonces los sumos sacerdotes conspiraron para matar a Lázaro porque muchos de los judíos iban a verlo y creían en Jesús por causa de él.

Mira que aquí viene tu rey

¹²⁻¹⁵ Al día siguiente, la gran multitud que había llegado para la fiesta escuchó que Jesús estaba entrando en Jerusalén. Así que cortaron ramas de palma y salieron a su encuentro, vitoreando:

«¡Hosanna!

¡Bendito el que viene en nombre de

Dios!

¡Sí! ¡El Rey de Israel!».

Jesús agarró un burrito y lo montó, tal como dice la Escritura:

«No temas, hija de Sión:

Mira que aquí viene tu rey,

montado en un burrito».

¹⁶ En ese momento, los discípulos no se dieron cuenta del cumplimiento de muchos pasajes de la Escritura pero, después de que Jesús fue glorificado, recordaron que lo que estaba escrito sobre él coincidía con lo que le habían hecho.

¹⁷⁻¹⁹ La multitud que había estado con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro y lo resucitó de entre los muertos estaba allí dando testimonio de lo que habían visto. Fue debido a que habían difundido esta última señal de Dios que el gentío se convirtió en un desfile de bienvenida. Los fariseos echaron un vistazo y se

desesperaron: «Esto está fuera de control. Todo el mundo va corriendo tras él».

El grano de trigo debe morir

²⁰⁻²¹ Algunos griegos en el pueblo, que habían acudido a adorar en la fiesta, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le pidieron:

—Señor, queremos ver a Jesús. ¿Puedes ayudarnos?

²²⁻²³ Felipe fue y se lo dijo a Andrés, y ambos le dijeron a Jesús. Y él respondió.

—Se acabó el tiempo. Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado.

²⁴⁻²⁵ »Escuchen con atención: si el grano de trigo no se entierra y muere para el mundo, nunca será más que un grano de trigo. Pero si se entierra, brota y se reproduce muchas veces. De la misma manera, cualquiera que se aferra a la vida tal como es, destruye esa vida; pero si la deja ir, si se desprende de ella, la tendrá para siempre, real y eterna.

²⁶ »Si alguno de ustedes quiere servirme, que me siga. Entonces estará donde yo estoy, listo para servir en cualquier momento. El Padre honrará y recompensará a todo el que me sirva.

²⁷⁻²⁸ »Ahora mismo estoy conmovido. ¿Y qué voy a decir: “Padre, sácame de esto”? No, si es por esto por lo que vine, en primer lugar. Diré pues: “Padre, muestra tu gloria”.

Entonces, una voz salió del cielo: «Lo he glorificado y lo volveré a glorificar».

²⁹ La multitud que escuchaba dijo: «¡Un trueno!». Otros dijeron: «¡Un ángel le habló!».

³⁰⁻³³ Jesús dijo:

—La voz no vino por mí, sino por ustedes. En este momento, el mundo está en crisis y Satanás, el gobernante de este mundo, será expulsado. Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí y los reuniré a mi alrededor.

Él lo dijo de esta manera para mostrar cómo iba a morir.

³⁴ Las voces de la multitud respondieron:

—Sabemos, en base a la ley de Dios, que el Mesías permanece para siempre. ¿Cómo puede ser necesario, como tú

dices, que el Hijo del hombre «sea levantado»? ¿Quién es este «Hijo del hombre»?
³⁵⁻³⁶ Jesús dijo:

—Por un breve tiempo todavía, la luz estará entre ustedes. Caminen por la luz que tienen para que la oscuridad no los destruya. Si caminan en la oscuridad, no saben a dónde van. Mientras tengan la luz, crean en ella. Entonces la luz estará dentro de ustedes y brillará a través de sus vidas. Serán hijos de la luz.

Sus ojos están cegados

³⁶⁻⁴⁰ Jesús dijo todo eso y luego se escondió. Les había dado todas esas señales de Dios, y todavía no lo entendían, aún no confiaban en él. Eso demostraba que el profeta Isaías tenía razón cuando dijo:

«Dios, ¿quién creyó lo que predicamos?
 ¿Quién reconoció el brazo de Dios, extendido y listo para actuar?».

Primero no quisieron creer, luego no *podieron*; insisto, tal como lo dijo Isaías:

«Sus ojos están cegados,
 sus corazones endurecidos,
 para que no vean con los ojos
 ni perciban con el corazón,
 ni se vuelvan a mí, Dios,
 para que yo los sane.»

⁴¹ Isaías dijo estas cosas después de vislumbrar la gloria desbordante de Dios que se derramaría a través del Mesías.

⁴²⁻⁴³ Por otro lado, un número considerable de los líderes sí creyó pero, debido a los fariseos, no lo confesaban abiertamente, ya que tenían miedo de que los expulsaran del lugar de reunión. A decir verdad, les importaba más la aprobación humana que la gloria de Dios.

⁴⁴⁻⁴⁶ Jesús lo resumió todo cuando exclamó: «El que cree en mí, no solo cree en mí, sino en aquel que me envió. El que me ve a mí mira, en efecto, al que me envió. Soy la luz que ha venido al mundo para que todo el que crea en mí no tenga que permanecer más tiempo en la oscuridad.

⁴⁷⁻⁵⁰ »Si alguien escucha lo que digo y no lo toma en serio, no lo rechazo. No vine a rechazar al mundo, sino a salvarlo. Sin embargo, deben saber que quien me rechaza y se niega a aceptar lo que estoy diciendo, está eligiendo el rechazo a sabiendas. La Palabra, la Palabra hecha carne que he hablado y que soy, *esa* Palabra y no otra es la última palabra. No estoy inventando nada de esto por mi iniciativa. El Padre que me envió me dio órdenes, me dijo qué decir y cómo decirlo. Y sé exactamente lo que produce su mandato: vida real y eterna. Eso es lo único que tengo que decir. Lo que el Padre me dijo, yo se los digo.

Jesús lava los pies de sus discípulos

13¹⁻² Justo antes de la fiesta de la Pascua, Jesús sabía que había llegado el momento de dejar este mundo para ir al Padre. Habiendo amado a sus queridos compañeros, continuó amándolos hasta el final. Era la hora de la cena. El diablo ya tenía a Judas, hijo de Simón el Iscariote, firmemente en sus garras, con todo listo para la traición.

³⁻⁶ Jesús sabía que el Padre lo había puesto todo bajo su dominio, que él venía de Dios y que iba de regreso a él. Así que se levantó de la mesa de la cena, se quitó la túnica y se puso un delantal. Luego echó agua en un recipiente y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con su delantal. Cuando llegó a Simón Pedro, este le dijo:

—Maestro, ¿tú lavas *mis* pies?

⁷ Jesús le contestó:

—No entiendes ahora lo que estoy haciendo, pero lo entenderás más tarde.
⁸ —No me vas a lavar los pies, ¡no! —protestó Pedro.

—Si no te los lavo, no puedes ser parte de lo que estoy haciendo —dijo Jesús.

⁹ —¡Maestro! —exclamó Pedro—. Entonces ¡no solo lava mis pies, sino también mis manos y mi cabeza!

¹⁰⁻¹² Jesús dijo:

—Si te has bañado por la mañana, ahora solo necesitas lavarte los pies y estás limpio de pies a cabeza. Mi preocupación,

como sabrás, es la santidad, no la higiene. Así que ahora estás limpio. Pero no todos ustedes lo están.

(Él sabía quién lo iba a traicionar, por eso dijo: «Pero no todos ustedes lo están»). Cuando terminó de lavarles los pies, tomó su túnica, se la volvió a poner y regresó a su lugar en la mesa.

¹²⁻¹⁷ Luego les preguntó:

—¿Entienden lo que he hecho por ustedes? Ustedes se dirigen a mí como «Maestro» y «Señor», y con razón. Eso es lo que soy. De modo que, si yo —Maestro y Señor—, les lavé los pies, ahora deben lavárselos unos a otros. Les he dado el ejemplo. Lo que he hecho, ustedes también lo deben hacer. Solo estoy señalando lo obvio. El sirviente no es más que su amo; el empleado no le da órdenes a su patrón. Si entienden lo que les estoy diciendo, actúen así y tendrán una vida bendecida.

El que comió pan en mi mesa

¹⁸⁻²⁰ »No los estoy incluyendo a todos en esto. Sé precisamente a quién he seleccionado, para no interferir con el cumplimiento de esta Escritura:

»“El que comió pan en mi mesa me apuñalará por la espalda”.

»Les digo todo esto anticipadamente para que cuando suceda crean que soy quien digo ser. Asegúrense de entender esto: recibir a quien yo envío es lo mismo que recibirme a mí, así como recibirme a mí es lo mismo que recibir al que me envió.

²¹ Después de decir estas cosas, Jesús se molestó mucho, y luego les dijo la razón: —Uno de ustedes me va a traicionar.

²²⁻²⁵ Los discípulos se miraron unos a otros, preguntándose de quién estaba hablando. Uno de ellos, a quien Jesús amaba mucho, estaba recostado a él, con la cabeza sobre su hombro. Pedro le hizo señas para que preguntara de quién estaba hablando Jesús. Entonces, como era el más cercano, le preguntó:

—Maestro, ¿quién es?

²⁶⁻²⁷ Jesús le respondió:

—Aquel a quien le dé este pedazo de pan después de haberlo mojado.

Luego mojó el pedazo de pan y se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Tan pronto como Judas tomó el pan, Satanás entró en él.

—Lo que debes hacer —le dijo Jesús—, hazlo y acaba con esto.

²⁸⁻²⁹ Nadie alrededor de la mesa de la cena sabía por qué le dijo eso. Algunos pensaron que como Judas era su tesorero, Jesús le estaba diciendo que comprara lo que necesitaban para la fiesta o que diera algo a los pobres.

³⁰ Judas, con el trozo de pan en la mano, se fue. Ya era de noche.

Un nuevo mandamiento

³¹⁻³² Cuando se fue, Jesús dijo:

—Ahora se ve al Hijo del hombre por lo que es, y se ve a Dios por lo que es en él. En el momento en que Dios sea visto en él, la gloria de Dios quedará revelada. Al glorificarlo, él mismo es glorificado: ¡gloria por todos lados!

³³ »Hijos, estaré con ustedes un poco tiempo más. Me buscarán, pero tal como les dije a los judíos, les digo a ustedes: “Adonde yo voy, ustedes no pueden ir”.

³⁴⁻³⁵ »Permítanme darles un nuevo mandamiento: ámense los unos a los otros. Como yo los amé, ámense unos a otros. Así reconocerán todos que son mis discípulos, cuando vean el amor que se tienen unos a otros.

³⁶ Simón Pedro le preguntó:

—Maestro, ¿a dónde vas?

Jesús le respondió:

—Ahora no me puedes seguir a donde voy. Me seguirás más tarde.

³⁷ —Maestro —insistió Pedro—, ¿por qué no puedo seguirte ahora? ¡Daré mi vida por ti!

³⁸ —¿En serio darías tu vida por mí? La verdad es que, antes de que cante el gallo, me negarás tres veces.

El camino

14¹⁻⁴ »No dejen que esto los inquiete. Confían en Dios, ¿verdad? Confíen en mí. Hay lugar de sobra para ustedes

en la casa de mi Padre. Si no fuera así, ¿les habría dicho que voy a prepararles una habitación? Y si voy a prepararles su habitación, regresaré y los buscaré para que puedan vivir donde vivo. Ya saben el camino que estoy tomando.

⁵ Tomás dijo:

—Maestro, no tenemos idea de adónde vas. ¿Cómo esperas que conozcamos el camino?

⁶⁻⁷ Jesús dijo:

—Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie llega al Padre si no es por mí. Si realmente me conocieran, también conocerían a mi Padre. Pero, a partir de ahora, lo conocen. ¡Incluso lo han visto!

⁸ Felipe dijo:

—Maestro, muéstranos al Padre; entonces estaremos satisfechos.

⁹⁻¹⁰ —Has estado conmigo todo este tiempo, Felipe, ¿y todavía no lo entiendes? Verme a mí es ver al Padre. Entonces, ¿cómo puedes preguntar: «¿Dónde está el Padre?». ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que les hablo no son simples palabras. No las invento por capricho. El Padre, que reside en mí, transforma cada palabra en un acto divino.

¹¹⁻¹⁴ »Créanme: Yo estoy en mi Padre y mi Padre está en mí. Si no pueden creer eso, crean por lo que ven, estas obras. El que cree en mí no solo hará lo que yo hago, sino cosas aun mayores, porque yo voy al Padre y les doy a ustedes la misma tarea que he venido haciendo. Pueden contar con ello. De ahora en adelante, todo lo que me pidan en cuanto a quién soy y lo que hago, lo haré. Así es como el Padre será visto por lo que es en el Hijo. Y es como se glorifica el Padre en el Hijo. Digo todo esto muy en serio. Cualquiera cosa que pidan de esta manera, la haré.

El Espíritu de verdad

¹⁵⁻¹⁷ »Si me aman, demuéstrenlo haciendo lo que les he dicho. Hablaré con el Padre y él les dará otro Amigo para que siempre tengan a alguien con ustedes. Este Amigo es el Espíritu de verdad. El mundo impío

no puede aceptarlo porque no tiene ojos para verlo, no sabe qué buscar. ¡Pero ustedes ya lo conocen porque vive con ustedes e, incluso, estará *en* ustedes!

¹⁸⁻²⁰ »No los dejaré huérfanos. Volveré.

Dentro de poco, el mundo ya no me verá, pero ustedes sí me verán porque estoy vivo y ustedes están a punto de cobrar vida. En ese momento, sabrán por completo que yo estoy en mi Padre, y ustedes en mí, y yo en ustedes.

²¹ »Quien conoce mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama. Y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él.

²² Judas (no Iscariote) dijo:

—Maestro, ¿por qué estás a punto de manifestarte a nosotros, pero no al mundo?

²³⁻²⁴ —Porque un mundo sin amor —contestó Jesús—, es un mundo que no ve. Si alguien me ama, guardará con cuidado mi palabra, y mi Padre lo amará, ¡y permaneceremos en él! No amarme implica no cumplir mis palabras. El mensaje que están escuchando no es mío, es del Padre que me envió.

²⁵⁻²⁷ »Les estoy diciendo estas cosas mientras todavía estoy con ustedes. El Amigo, el Espíritu Santo que el Padre enviará a petición mía, les explicará todo y les recordará todas las cosas que les he dicho. Los dejo sanos y salvos. Ese es mi regalo de despedida para ustedes. La paz. No los dejo como están acostumbrados a que los dejen, sintiéndose abandonados, despojados. Así que no se aflijan ni se angustien.

²⁸ »Me han oído decir: “Me voy, pero volveré”. Si me aman, se alegrarían de que voy camino al Padre, porque el Padre es la meta y el propósito de mi vida.

²⁹⁻³¹ »Les he dicho esto de manera anticipada, antes de que suceda, para que cuando ocurra, la confirmación profundice su confianza en mí. No hablaré mucho más con ustedes porque el jefe de este mundo impío está a punto de atacar; pero no se preocupen, él no tiene poder ni ningún derecho sobre mí. Sin embargo, para que el mundo sepa cuánto amo al Padre, estoy

cumpliendo las instrucciones de mi Padre hasta el último detalle.

»Levántense, vamos. Es hora de irnos de aquí.

La vid y las ramas

15¹⁻³ »Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Él corta de mí toda rama que no da uvas. Y toda rama que da uvas la poda para que produzca aún más. Ustedes ya han sido limpiados por el mensaje que he hablado.

⁴ »Vivan en mí. Hagan su hogar en mí como yo lo hago en ustedes. Así como ninguna rama puede dar uvas por sí sola, sino unida a la vid, así tampoco ustedes pueden dar fruto si no están unidos a mí.

⁵⁻⁸ »Yo soy la vid y ustedes son las ramas. Cuando estén unidos a mí y yo a ustedes, en una relación íntima y orgánica, la cosecha seguramente será abundante. Separados, no pueden producir nada. Cualquiera que se aparte de mí es como las ramas secas, recogidas y arrojadas al fuego. Sin embargo, si están conmigo y mis palabras están en ustedes, pueden estar seguros de que todo lo que pidan será escuchado y se les concederá. Así es como mi Padre muestra quién es: cuando producen uvas y maduran como discípulos míos.

⁹⁻¹⁰ »Yo los he amado como mi Padre me ha amado a mí. Permanezcan en mi amor. Si guardan mis mandamientos, permanecerán íntimamente en mi amor. Eso es lo que he hecho: guardé los mandamientos de mi Padre y permanecí en su amor.

¹¹⁻¹⁵ »Les he dicho estas cosas con un fin: que mi gozo sea el de ustedes y que sea completo. Este es mi mandamiento: ámense los unos a los otros como yo los he amado. Esta es la mejor manera de amar. Arriesguen su vida por sus amigos. Ustedes son mis amigos cuando hacen las cosas que les mando. Ya no los llamaré sirvientes porque los sirvientes no entienden lo que su amo está pensando y planeando. No, los he llamado amigos porque les he contado todo lo que he oído del Padre.

¹⁶ »Ustedes no me eligieron a mí, recuerden; yo los elegí a ustedes y los puse en el mundo para que den fruto, fruto que no se dañe, que perdure. Como portadores de fruto, todo lo que pidan al Padre en relación conmigo, él se lo dará.

¹⁷ »Pero recuerden el mandamiento principal: ámense los unos a los otros.

Odiados por el mundo

¹⁸⁻¹⁹ »Si ven que el mundo impío los odia, recuerden que —antes que a ustedes— me aborreció a mí. Si vivieran según los términos del mundo, el mundo los amaría como uno de los suyos; pero como los elegí para vivir según los términos de Dios y no más según los del mundo, este los va a odiar.

²⁰ »Cuando eso suceda, recuerden esto: los sirvientes no reciben un mejor trato que sus amos. Si me golpean a mí, seguro que los golpearán a ustedes. Si hicieron lo que les dije, harán lo que les digan.

²¹⁻²⁵ »Les van a hacer todo esto por la forma en que me trataron a mí, porque no conocen al que me envió. Si no hubiera venido y les hubiera dicho todo esto en un lenguaje sencillo, no sería tan malo. Por eso, no tienen excusa. Ódienme, odien a mi Padre, es lo mismo. Si no hubiera hecho lo que he hecho entre ellos, obras que nadie ha hecho *jamás*, no tendrían la culpa. Pero vieron las señales de Dios y nos odiaron de todos modos, tanto a mí como a mi Padre. Lo interesante es que han comprobado la verdad de su propia Escritura, donde está escrito: “Me odiaron sin razón”.

²⁶⁻²⁷ »Cuando venga el Amigo que les enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad que proviene del Padre, él les confirmará todo sobre mí. Ustedes también, por su parte, deben dar su testimonio, ya que están en esto conmigo desde el principio.

16¹⁻⁴ »Les he dicho estas cosas con el objetivo de prepararlos para los tiempos difíciles que se avecinan y que su fe no se debilite. Los van a expulsar de las sinagogas. Incluso llegará un momento en

que cualquiera que los mate pensará que le está haciendo un favor a Dios. Harán esas cosas porque, en realidad, nunca entendieron al Padre. Les he dicho todo esto para que cuando llegue el momento y los ataquen, estén alerta y listos para enfrentarlo.

El Amigo vendrá

⁴⁻⁷ »No les dije esto antes porque estaba con ustedes todos los días; pero ahora voy a Aquel que me envió, y ninguno de ustedes ha preguntado: “¿A dónde vas?”. Al contrario, cuanto más he hablado, más tristes se han puesto. Así que déjenme decirles de nuevo esta verdad: es mejor para ustedes que yo me vaya. Si no me voy, el Amigo no vendrá; pero si me voy, lo enviaré a ustedes.

⁸⁻¹¹ »Cuando él venga, expondrá el error de la visión del mundo impío en cuanto al pecado, a la justicia y al juicio: les mostrará que su negativa a creer en mí es su pecado básico; que la justicia viene de arriba, donde estoy con el Padre, fuera de su vista y de su control; y que el juicio tendrá lugar cuando se juzgue y condene al gobernante de este mundo impío.

¹²⁻¹⁵ »Todavía tengo muchas cosas que decirles, pero ahora no pueden entenderlas. Sin embargo, cuando venga el Amigo, el Espíritu de verdad, él los tomará de la mano y los guiará a toda la verdad que existe. No llamará la atención sobre sí mismo, pero le dará sentido a lo que está por suceder y, en efecto, a todo lo que he hecho y dicho. Él me honrará; él tomará de mí y se lo entregará a ustedes. Todo lo que tiene el Padre es también mío. Por eso he dicho: “Él toma de mí y se lo entrega a ustedes”.

¹⁶ »En un día o dos no me verán, pero un poco después volverán a verme.

Alegría como un río que se desborda

¹⁷⁻¹⁸ Eso despertó un avispero de preguntas entre los discípulos: «¿Qué quiere decir con: “En un día o dos no me verán, pero un poco después volverán a verme”? Y ¿“porque voy al Padre”? ¿Qué es este

“día o dos”? No sabemos de qué está hablando».

¹⁹⁻²⁰ Jesús sabía que se morían por preguntarle qué quería decir, así que aseveró:

—¿Están tratando de entender entre ustedes qué quise decir cuando afirmé: «En un día o dos no me verán, pero un poco después volverán a verme»? Entonces fijen bien esto en sus mentes: van a estar de luto profundo mientras el mundo impío organiza una fiesta. Estarán tristes, muy afligidos, pero su tristeza se convertirá en alegría.

²¹⁻²³ »Cuando una mujer da a luz, sufre mucho, no hay forma de evitarlo; pero al nacer el bebé, hay alegría por el suceso. Esta nueva vida que surge en el mundo borra el recuerdo del dolor. La tristeza que tienen ahora es similar a esa dolencia, pero la alegría que viene también es parecida. Cuando los vuelva a ver, estarán llenos de gozo, un regocijo que nadie les podrá quitar. Ya no tendrán tantas preguntas.

²³⁻²⁴ »Esto es lo que quiero que hagan: pidan al Padre lo que esté de acuerdo con las cosas que les he revelado. Pidan en mi nombre, según mi voluntad, y él ciertamente les dará eso y más. ¡Su alegría será como un río que se desborda!

²⁵⁻²⁸ »He usado figuras retóricas para decirles estas cosas. Pronto dejaré de usarlas y les hablaré sobre el Padre en un lenguaje sencillo. Entonces podrán hacerle sus peticiones directamente a él en relación con esta vida que les he revelado. No seguiré haciendo peticiones al Padre por ustedes. No tendré que hacerlo. El Padre los ama porque se arriesgaron y se comprometieron a amarme y a confiar en mí, creyendo que vine del Padre. Primero, dejé al Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo y voy al Padre.

²⁹⁻³⁰ Sus discípulos dijeron:

—¡Al fin nos estás hablando claro, sin rodeos! Ahora sabemos que lo sabes todo, todo tiene sentido en ti. Ya no tendrás que aguantar nuestras preguntas. Estamos convencidos de que vienes de Dios.

³¹⁻³³ Jesús les respondió:

—¿Al fin creen? De hecho, están a punto de huir para salvar su propio pellejo y

me abandonarán. Pero no estoy solo. El Padre está conmigo. Les he dicho todo esto para que, confiando en mí, sean inquebrantables, se sientan seguros y en completa paz. En este mundo impío seguirán soportando dificultades, pero ¡ánimense! Yo he vencido al mundo.

Oración de Jesús por sus seguidores

17¹⁻⁵ Habiendo dicho estas cosas, alzó los ojos en oración y dijo:

Padre, llegó la hora.

Muestra la esplendorosa gloria de tu Hijo

para que el Hijo, a su vez, muestre tu radiante gloria.

Tú le diste autoridad sobre todo lo humano

para que pudiera dar vida real y eterna a todos los que están bajo su cuidado.

Y esta es la vida real y eterna: que te conozcan a ti,

el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste.

Yo te glorifiqué en la tierra completando hasta el último detalle de lo que me mandaste a hacer.

Y ahora, Padre, glorifícame con tu propio esplendor, el mismo esplendor que tuve en tu presencia antes de que existiera el mundo.

* * *

⁶⁻¹² Explicué tu carácter con lujo de detalle a los hombres y mujeres que me diste.

Eran tuyos, en primer lugar; y me los diste,

y ahora han hecho lo que dijiste.

Ellos saben ahora, sin sombra de duda, que todo lo que me diste proviene de ti,

porque les transmití el mensaje que me diste;

y ellos lo tomaron,

y se convencieron de que vengo de ti.

Creyeron que tú me enviaste.

Oro por ellos.

No oro por el mundo que rechaza a Dios, sino por los que me diste, porque son tuyos por derecho.

Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo, mío, y mi vida se manifiesta en ellos.

Porque ya no voy a ser visible en el mundo;

ellos seguirán en el mundo mientras yo vuelvo a ti.

Santo Padre, protégelos mientras continúan esta vida

que les conferiste como regalo a través de mí,

para que puedan ser de un corazón y una mente

como somos nosotros, de un solo corazón y una sola mente.

Cuando estuve con ellos, los protegí mientras continuaban la vida que les diste a través de mí;

Incluso puse un centinela.

Y ninguno de ellos se perdió, excepto el rebelde empeñado en la destrucción

(la excepción que confirma la regla de la Escritura).

* * *

¹³⁻¹⁹ Ahora vuelvo a ti.

Digo estas cosas para que el mundo las oiga,

para que mi gente pueda experimentar mi alegría completa en ellos.

Les di tu palabra;

el mundo impío los odió por eso, porque no siguieron los caminos del mundo,

así como yo no seguí los caminos del mundo.

No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del maligno.

El mundo no los define, como no me define a mí.

Hazlos santos —consagrados— con la verdad;

tu palabra es la verdad que consagra.

De la misma manera que me diste una misión en el mundo,

les doy una misión en el mundo.

Me consagro por ellos
para que estén consagrados a la
verdad en su misión.

* * *

²⁰⁻²³ Oro no solo por ellos,
sino también por aquellos que
creerán en mí
por ellos y por su testimonio acerca
de mí.

El objetivo es que todos ellos se
conviertan en uno solo,
así como tú, Padre, estás en mí y yo
en ti,
para que puedan ser uno, como
somos nosotros.

Entonces el mundo podrá creer que tú,
de hecho, me enviaste.

La misma gloria que me diste, yo les di,
para que estén tan unidos y juntos
como nosotros,
yo en ellos y tú en mí.

Entonces madurarán en esta unidad,
y mostrarán al mundo impío
que me has enviado y los amaste
de la misma manera en que me has
amado a mí.

* * *

²⁴⁻²⁶ Padre, quiero que los que me diste
estén conmigo, justo donde estoy,
para que vean mi gloria, el esplendor
que me diste,

y que me has amado
mucho antes de que existiera el mundo.
Padre justo, el mundo nunca te ha
conocido,
pero yo te he conocido, y estos
discípulos saben
que me enviaste en esta misión.

Les he dado a conocer tu propio ser,
quién eres y qué haces,
y sigo dándolo a conocer,
para que tu amor por mí
pueda estar en ellos,
así como yo estoy en ellos.

Arrestado en el huerto por la noche

18¹ Jesús, habiendo hecho esta ora-
ción, se fue con sus discípulos y
cruzó el arroyo Cedrón a un lugar donde

había un huerto. Él y sus discípulos entra-
ron en él.

²⁻⁴ Judas, su traidor, conocía el lugar
porque Jesús y sus discípulos iban allí
con frecuencia. Así que se fue al huerto,
y los soldados romanos —con los guar-
dias enviados por los sumos sacerdotes y
los fariseos— lo siguieron. Llegaron allí
con linternas, antorchas y espadas. Jesús,
sabiendo ya todo lo que le iba a suceder,
salió a su encuentro y les preguntó:

—¿A quién buscan?

Ellos respondieron:

—A Jesús el Nazareno.

⁵⁻⁶ —Soy yo —respondió él.

Los soldados retrocedieron, atónitos.
Judas, su traidor, sobresalía entre ellos.

⁷ —¿A quién buscan? — volvió a pregun-
tar Jesús.

Ellos repitieron:

—A Jesús el Nazareno.

⁸⁻⁹ —Ya les dije —afirmó Jesús—. Soy
yo. Así que, si soy yo al que buscan, dejen
ir a estos.

(Eso confirmaba las palabras de su ora-
ción: «No perdí a ninguno de los que me
diste»).

¹⁰ En ese momento, Simón Pedro, que
llevaba una espada, la desenvainó e hirió
al criado del sumo sacerdote, cortándole
la oreja derecha. Malco era el nombre
del sirviente.

¹¹ Entonces Jesús le ordenó a Pedro:

—Envaina tu espada. ¿Crees por un
minuto que no voy a beber esta copa que
el Padre me dio?

¹²⁻¹⁴ Entonces los soldados romanos bajo
su comandante, junto con los guardias
judíos, apresaron a Jesús y lo ataron. Lo
llevaron primero a Anás, que era suegro
de Caifás, el sumo sacerdote ese año. Fue
Caifás quien aconsejó a los judíos que les
convenía que un hombre muriera por el
pueblo.

¹⁵⁻¹⁶ Simón Pedro y otro discípulo siguie-
ron a Jesús. Ese otro discípulo era cono-
cido del sumo sacerdote, por lo que entró
con Jesús en el patio del sumo sacerdote.
Pedro tuvo que quedarse afuera. Enton-
ces salió el otro discípulo, habló con la
portera y logró que Pedro entrara.

¹⁷ La joven portera le dijo a Pedro:
—¿No eres tú uno de los discípulos de este hombre?

—No, no lo soy —respondió él.

¹⁸ Los sirvientes y los guardias habían encendido una fogata a causa del frío y estaban allí acurrucados abrigándose. Pedro se quedó con ellos, tratando de entrar en calor.

El interrogatorio

¹⁹⁻²¹ Anás interrogó a Jesús sobre sus discípulos y su enseñanza. Jesús respondió:

—He hablado abiertamente en público.

Con frecuencia he enseñado en los lugares de reunión y en el templo, donde todos los judíos se juntan. Todo ha salido a la luz. No he dicho nada en secreto. Entonces, ¿por qué me tratan como a un traidor? Preguntaba a los que han estado escuchándome. Ellos saben bien lo que he dicho. Todas mis enseñanzas han sido verdaderas.

²² Cuando dijo esto, uno de los guardias que estaba allí abofeteó a Jesús y le dijo:
—¿Cómo te atreves a hablarle así al sumo sacerdote!

²³ Jesús respondió:

—Si he dicho algo malo, demuéstralo. Pero si he dicho la pura verdad, ¿por qué me abofeteas?

²⁴ Entonces Anás lo envió, todavía atado, al sumo sacerdote Caifás.

²⁵ Mientras tanto, Simón Pedro estaba junto al fuego, todavía tratando de entrar en calor. Los demás allí le preguntaron:
—¿No eres tú uno de sus discípulos?

—No —negó él.

²⁶ Uno de los sirvientes del sumo sacerdote, pariente del hombre a quien Pedro había cortado la oreja, le dijo:

—¿No te vi en el huerto con él?

²⁷ Una vez más, Pedro lo negó. En ese momento, cantó el gallo.

El Rey de los judíos

²⁸⁻²⁹ Entonces llevaron a Jesús al palacio del gobernador romano. Era temprano por la mañana. Ellos no entraron al palacio porque no querían ser excluidos de comer la Pascua. Entonces Pilato se les acercó y les preguntó:

—¿Qué acusación traen contra este hombre?

³⁰ Ellos respondieron:

—Si él no hubiera estado haciendo algo malo, ¿crees que estaríamos aquí molestándote?

³¹⁻³² —Llévenselo ustedes. Júzguenlo según su ley —dijo Pilato.

Los judíos dijeron:

—No se nos permite matar a nadie.

(Esto confirmaría la palabra de Jesús que indica la forma en que moriría).

³³ Pilato volvió al palacio, llamó a Jesús y le preguntó:

—¿Eres tú el «Rey de los judíos»?

³⁴ Jesús le respondió:

—¿Estás diciendo esto por ti mismo o te lo han dicho otros acerca de mí?

³⁵ Pilato replicó:

—¿Acaso parecezco judío? Tu pueblo y tus sumos sacerdotes te entregaron a mí. ¿Qué hiciste?

³⁶ —Mi reino —dijo Jesús—, no consiste en lo que ves a tu alrededor. Si así fuera, mis seguidores lucharían para que no fuera entregado a los judíos, pero no soy ese tipo de rey, no soy el tipo de rey de este mundo.

³⁷ Entonces Pilato dijo:

—Entonces, ¿eres rey o no?

Jesús respondió:

—Eres tú quien dice que soy rey. Porque nací y entré en el mundo para dar testimonio de la verdad. Todo el que está a favor de la verdad, que intuye la verdad, reconoce mi voz.

³⁸⁻³⁹ —¿Qué es la verdad? —preguntó Pilato.

Luego volvió a donde estaban los judíos y les dijo:

—No encuentro nada malo en este hombre. Como es su costumbre que perdona a un preso en la Pascua, ¿quieren que perdona al «Rey de los judíos»?

⁴⁰ Ellos, a gritos, le respondieron:

—¡No a este, sino a Barrabás!

Barrabás era un malhechor.

La corona de espinas del Rey

19 ¹⁻³ Entonces Pilato tomó a Jesús e hizo que lo azotaran. Los soldados,

después de trenzar una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, lo cubrieron con un manto de color púrpura y se le acercaron gritando:

—¡Viva el rey de los judíos!

Luego lo saludaban con bofetadas en la cara.

⁴⁻⁵ Pilato volvió a salir y les dijo:

—Aquí lo tienen, pero quiero que sepan que no lo encuentro culpable de ningún delito.

En ese momento, salió Jesús con la corona de espinas y el manto de color púrpura.

—Aquí está el hombre —anunció Pilato.

⁶ Cuando los sumos sacerdotes y los guardias lo vieron, gritaron enardecidos:

—¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!

—Llévenselo y crucifíquenlo ustedes. Yo no lo encuentro culpable de nada.

⁷ Los judíos respondieron:

—Nosotros tenemos una ley, y según esa ley debe morir porque afirma ser el Hijo de Dios.

⁸⁻⁹ Cuando Pilato escuchó esto, se asustó aún más. Volvió al palacio y le preguntó a Jesús:

—¿De dónde vienes?

Pero Jesús no dio respuesta alguna.

¹⁰ Pilato continuó:

—¿No vas a hablar? ¿No sabes que tengo la autoridad para perdonarte y la potestad para crucificarte?

¹¹ Entonces Jesús dijo:

—No tienes ni una pizca de autoridad sobre mí, excepto la que te ha sido dada desde el cielo. Por eso, el que me entregó a ti ha cometido una falta mucho mayor.

¹² Ante esto, Pilato hizo todo lo posible para perdonarlo, pero los judíos le gritaban:

—Si perdonas a este hombre, no eres amigo del César. Cualquiera que se presente como «rey» desafía al César.

¹³⁻¹⁴ Cuando Pilato escuchó esas palabras, llevó a Jesús afuera. Se sentó en el tribunal en el área que llamaban el Empedrado (en hebreo, Gabatá). Era el mediodía del día de preparación de la Pascua. Pilato les dijo a los judíos:

—Aquí está su rey.

¹⁵ —¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Crucifícalo! —gritaron ellos.

—¿Voy a crucificar a su rey? —preguntó Pilato.

Los sumos sacerdotes respondieron:

—No tenemos más rey que el César.

¹⁶⁻¹⁹ Entonces Pilato cedió a su demanda y lo entregó para que lo crucificaran.

La crucifixión

Así que se lo llevaron. Jesús, cargando su cruz, salió al sitio llamado «Lugar de la Calavera» (el nombre en hebreo es Gólgota), donde lo crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en el medio. Pilato escribió un cartel e hizo que lo colocaran sobre la cruz. Este decía:

Jesús nazareno

El Rey de los judíos.

²⁰⁻²¹ Muchos de los judíos leyeron el cartel porque el lugar donde crucificaron a Jesús estaba al lado de la ciudad. Estaba escrito en hebreo, latín y griego. Los sumos sacerdotes judíos lo objetaron.

—No escribas «El Rey de los judíos» —le dijeron a Pilato—. Haz que diga: «Este hombre dijo: “Yo soy el Rey de los judíos”».

²² Pilato les respondió:

—Lo que he escrito, escrito queda.

²³⁻²⁴ Cuando lo crucificaron, los soldados romanos tomaron su ropa y la dividieron en cuatro partes, una para cada soldado. Pero su túnica no tenía costuras, sino que era una sola pieza de tejido, así que se dijeron unos a otros:

—No la dividamos. Echemos suertes para ver a quién le toca.

Esto confirmaba la Escritura que decía: «Repartieron mi ropa entre ellos y echaron suertes sobre mi manto». (¡Los soldados confirmaron la Escritura!).

²⁴⁻²⁷ Mientras los soldados se entretenían, la madre de Jesús, su tía, María la esposa de Cleofás y María Magdalena estaban al pie de la cruz. Cuando Jesús vio a su madre y al discípulo que amaba parado cerca de ella, le dijo a su madre:

—Mujer, aquí tienes a tu hijo.

Luego al discípulo:

—Aquí está tu madre.

Desde ese momento, el discípulo la aceptó como a su propia madre.

²⁸ Jesús, al ver que todo en la Escritura se había cumplido, dijo:

—Tengo sed.

²⁹⁻³⁰ Había una jarra de vino agrio esperando, así que alguien puso una esponja empapada en el vino sobre una lanza y se la llevó a la boca. Después de tomar el vino, Jesús dijo:

—Está hecho, está completo.

E inclinando la cabeza, ofreció su espíritu.

³¹⁻³⁴ Entonces los judíos, como era el día de la preparación del sábado, y para que los cuerpos no quedaran en las cruces durante el sábado (era un día sagrado ese año), pidieron a Pilato que les quebraran las piernas para acelerar la muerte y que bajaran los cuerpos. Entonces los soldados fueron y quebraron las piernas del primer hombre crucificado con Jesús, y luego las del otro. Cuando llegaron a Jesús, vieron que ya estaba muerto, así que no le quebraron las piernas. Uno de los soldados le clavó su lanza en el costado, del que brotó sangre y agua.

³⁵ El testigo ocular de estas cosas ha presentado un informe exacto. Él mismo lo vio y dice la verdad para que ustedes también crean.

³⁶⁻³⁷ Estas cosas que sucedieron confirmaron la Escritura que declara: «No fue quebrado hueso de su cuerpo», y la otra Escritura que dice: «Mirarán al que traspasaron».

* * *

³⁸ Después de todo eso, José de Arimatea (que era discípulo de Jesús, pero en secreto, porque tenía miedo de los judíos) le pidió a Pilato si podía tomar el cuerpo de Jesús. Pilato le dio permiso. Entonces José fue y se llevó el cuerpo.

³⁹⁻⁴² Nicodemo, que había ido a Jesús por primera vez de noche, llegó ahora en plena luz del día llevando una mezcla de mirra y áloe, unos treinta y cuatro kilos. Sus acompañantes tomaron el cuerpo de

Jesús y, siguiendo la costumbre judía de darle sepultura, lo envolvieron en lino junto con las especias. Cerca del lugar donde fue crucificado había un huerto y, en este, un sepulcro nuevo en el que aún no habían puesto a nadie. Entonces, debido a que era la preparación del sábado para los judíos y la tumba era conveniente, colocaron a Jesús en ella.

¡Resurrección!

20¹⁻² El primer día de la semana, muy de mañana, cuando aún estaba oscuro, María Magdalena fue al sepulcro y vio que habían movido la piedra de la entrada. De inmediato, fue corriendo a ver a Simón Pedro y al otro discípulo, a quien Jesús amaba, y casi sin aliento les informó:

—¡Sacaron al Maestro de la tumba! ¡No sabemos dónde lo han puesto!

³⁻¹⁰ Pedro y el otro discípulo partieron al instante hacia el sepulcro. Corrieron, codo a codo. El otro discípulo llegó primero a la tumba, dejando atrás a Pedro. Inclinándose para mirar adentro, vio las telas de lino que estaban allí, pero no entró. Simón Pedro llegó tras él, entró en el sepulcro, observó las telas de lino tiradas allí y vio que el sudario usado para cubrir la cabeza de Jesús no estaba junto con las telas de lino, sino aparte, cuidadosamente doblado. Entonces el otro discípulo, el que había llegado primero, entró en el sepulcro, echó un vistazo a la evidencia y creyó. Nadie sabía aún por la Escritura que tenía que resucitar de entre los muertos. Entonces los discípulos regresaron a sus casas.

¹¹⁻¹³ Pero María se quedó afuera del sepulcro llorando. Mientras sollozaba, se arrodilló para mirar dentro del sepulcro y vio a dos ángeles sentados allí, vestidos de blanco, uno a la cabecera y el otro al pie de donde habían puesto el cuerpo de Jesús. Estos le preguntaron:

—Mujer, ¿por qué lloras?

¹³⁻¹⁴ —Porque se llevaron a mi Maestro —contestó ella—, y no sé dónde lo han puesto. Después de decir eso, se volteó y vio a Jesús de pie allí, pero no lo reconoció.

¹⁵ Jesús le dijo:

—Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién estás buscando?

Ella, pensando que era el jardinero, respondió:

—Señor, si te lo has llevado, dime dónde lo has puesto para que yo lo cuide.

¹⁶ —María —le dijo Jesús.

Ella, volviéndose hacia él, exclamó:

—¡Raboni! (que en hebreo significa «¡Maestro!»).

¹⁷ Jesús dijo:

—No me toques, porque aún no he subido al Padre. Ve a mis hermanos y diles: «Subo a mi Padre, que es su Padre, a mi Dios, que es su Dios».

¹⁸ María Magdalena fue a darles la noticia a los discípulos: «¡Vi al Maestro!».

Creer

¹⁹⁻²⁰ Más tarde ese día, los discípulos se habían reunido pero —temerosos de los judíos— habían cerrado todas las puertas de la casa. Sin embargo, Jesús entró, se puso en medio de ellos y les dijo:

—La paz sea con ustedes.

Luego les mostró las manos y el costado.

²⁰⁻²¹ Los discípulos, al ver al Maestro con sus propios ojos, quedaron estupefactos. Jesús repitió su saludo:

—La paz sea con ustedes. Así como me envió el Padre, yo los envío.

²²⁻²³ Luego respiró hondo y sopló sobre ellos.

—Reciban el Espíritu Santo. Si le perdonan los pecados a alguien, desaparecerán para siempre. Pero, si no le perdonan los pecados, ¿qué van a hacer con estos?

²⁴⁻²⁵ Sin embargo, Tomás, a veces llamado el Gemelo, uno de los doce, no estaba con ellos cuando Jesús se apareció. Así que los otros discípulos le contaron:

—Vimos al Maestro.

Pero él dijo:

—A menos que vea los agujeros de los clavos en sus manos, ponga mi dedo en esos agujeros y meta mi mano en su costado, no creeré lo que me dicen.

²⁶ Ocho días más tarde, sus discípulos estaban de nuevo en la habitación. Esta

vez Tomás estaba con ellos. Jesús atravesó las puertas cerradas, se paró en medio de ellos y dijo:

—La paz sea con ustedes.

²⁷ Luego centró su atención en Tomás.

—Toma tu dedo y examina mis manos.

Acerca tu mano y métela en mi costado. No seas incrédulo, cree.

²⁸ Tomás exclamó:

—¡Maestro mío! ¡Mi Dios!

²⁹ Jesús dijo:

—Crees porque lo has visto con tus propios ojos. Bendiciones aún mejores están reservadas para aquellos que creen sin ver.

³⁰⁻³¹ Jesús hizo muchas otras señales que revelaban a Dios, las cuales no están escritas en este libro. Sin embargo, estas están escritas para que crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios y, por el acto de creer, tengan vida real y eterna en la forma en que él personalmente la reveló.

La pesca

21 ¹⁻³ Después de eso, Jesús se apareció de nuevo a los discípulos, esta vez en el lago de Tiberíades (el mar de Galilea). Así es como sucedió: Simón Pedro, Tomás (apodado el Gemelo), Natanael de Caná de Galilea, los hermanos Zebedeo y otros dos discípulos estaban juntos. Simón Pedro les comunicó:

—Me voy a pescar.

³⁻⁴ —Nosotros vamos contigo —respondieron los demás. Así que salieron y se subieron a la barca, pero esa noche no pescaron nada. Cuando salió el sol, Jesús estaba parado en la playa, pero no lo reconocieron.

⁵ Él les dijo:

—¡Buenos días! ¿Pescaron algo para el desayuno?

—No —respondieron ellos.

⁶ Entonces él les ordenó:

—Tiren la red a la derecha de la barca y vean qué pasa.

Ellos hicieron lo que dijo. De repente, había tantos peces en la red que ellos no eran lo suficientemente fuertes para sacarlos.

⁷⁻⁹ Entonces el discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro:

—¡Es el Maestro!

Cuando Simón Pedro se dio cuenta de que era el Maestro, se vistió, porque estaba desnudo por el trabajo, y se zambulló en el mar. Los otros discípulos, tirando de la red llena de peces, lo siguieron en la barca porque no estaban muy lejos de la orilla, a unos cien metros. Cuando salieron de la embarcación, vieron un fuego encendido, con pescado y pan cocándose en él.

¹⁰⁻¹¹ Jesús dijo:

—Traigan algunos de los peces que acababan de pescar.

Simón Pedro se les unió para arrastrar la red hasta la orilla, ¡ciento cincuenta y tres peces grandes! Y a pesar de todos ellos, la red no se rompió.

¹² Jesús dijo:

—El desayuno está listo.

Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntar: «¿Quién eres?», pues sabían que era el Maestro.

¹³⁻¹⁴ Entonces Jesús tomó el pan y lo repartió, e hizo lo mismo con el pescado. Esa era la tercera vez que Jesús se mostraba vivo a los discípulos desde que había resucitado de entre los muertos.

¿Me amas?

¹⁵ Después del desayuno, Jesús le preguntó a Simón Pedro:

—Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que a estos?

—Sí, Maestro, sabes que te amo.

—Apacienta mis corderos —le dijo Jesús.

¹⁶ Luego preguntó por segunda vez:

—Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

—Sí, Maestro, sabes que te amo.

—Pastorea mis ovejas —le dijo Jesús.

¹⁷⁻¹⁹ Luego le preguntó por tercera vez:

—Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

A Pedro le disgustó que por tercera vez le preguntara: «¿Me amas?», así que respondió:

—Maestro, tú sabes todo lo que hay que saber. Tienes que saber que te amo.

Jesús le dijo:

—Apacienta mis ovejas. Te digo la verdad ahora: cuando eras joven te vestías e ibas a donde querías, pero cuando seas viejo, tendrás que extender las manos para que otro te vista y te lleve a donde no quieres ir.

Dijo esto para dar a entender el tipo de muerte por la cual Pedro glorificaría a Dios. Y luego añadió:

—Sígueme.

²⁰⁻²¹ Volviendo la cabeza, Pedro notó que el discípulo que Jesús amaba los seguía de cerca. Cuando Pedro lo vio, le preguntó a Jesús:

—Maestro, ¿qué va a pasar con él?

²²⁻²³ Jesús dijo:

—Si quiero que viva hasta que yo vuelva, ¿a ti qué? Tú, sígueme.

Fue así como corrió el rumor entre los hermanos de que este discípulo no moriría, pero eso no es lo que Jesús dijo. Él solo indicó: «Si quiero que viva hasta que yo vuelva, ¿a ti qué?».

²⁴ Este es el mismo discípulo que fue testigo ocular de todas estas cosas y las escribió. Y todos sabemos que el relato de su testimonio es confiable y preciso.

²⁵ Jesús hizo muchas otras cosas. Si estuvieran todas escritas, cada una de ellas, una por una, no podría imaginar un mundo lo suficientemente grande como para albergar semejante biblioteca de libros.